
ESPACIO
el mundo FUTURO
LA RAZA PERDIDA
Peter Kapra

Peter Kapra

LA RAZA PERDIDA

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51—53 Dr. Julián Álvarez, 151

Barcelona Buenos Aires

Número de Registro: 5558 —1965

Depósito Legal: B. 54478—1965

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 — Barcelona

APOCALIPSIS

Como dijo Nevil Shute, el autor de «La hora final», ¿qué importancia podía tener ya el saber quién tiró la primera bomba atómica?

¡Era inútil todo!

Desde el momento en que cayó aquel diabólico artefacto sobre Hiroshima, en 1945, el mundo estaba condenado. Los hombres tenemos marcado el destino y lo que pudo ser herramienta de progreso fue arma de exterminio.

Por ejemplo, la bomba que inició el cataclismo pudo caer sobre Nueva York o sobre Moscú. ¿Y por qué no sobre París o Londres? Eso es lo de menos.

Se cursó una orden, se pulsó un timbre y una mano anónima disparó el proyectil cohete en cuya punta llevaba escrito: ¡Apocalipsis!

Acto seguido, la humanidad enloqueció. No había hombre capaz de contener la aniquilación total. Ni ciencia ni política sirvieron para reprimir lo irreprimible.

Así debía de estar escrito en los inescrutables designios de Dios.

Así lo quisieron los hombres.

Así ocurrió.

Un hongo de fuego radiactivo subió al cielo. La ciudad tembló como sacudida por un seísmo de inmensa magnitud. Se desplomaron los edificios, se abrió el suelo y la tierra tragó ingentes cantidades de seres humanos.

Todo se agitó, todo se convulsionó, todo ardió y se vino abajo, del mismo modo que si un volcán hubiese cobrado vida, súbitamente, en el centro de la ciudad.

El horror fue indescriptible.

Las gentes, enloquecidas, huían en todas direcciones. Las madres abrazaban a sus hijos, mientras proferían angustiosos gritos de terror. Los hombres caían de hinojos, rezando apresuradamente, incluso los que no lo habían hecho en toda su vida, para pedir perdón.

¡Ya no había perdón para nadie!

Locos y deicidas se acometían como salvajes. Los cohetes atómicos hendían la atmósfera, buscando sus objetivos, y los

satélites artificiales de defensa «disuasoria» — ¡qué irónica palabra! — descargaban sobre los cinco continentes su fatídica carga letal.

¡Fuego, radiactividad, aniquilamiento, fin, caos…!

Los hombres no han ideado suficientes palabras para expresar lo que habría de ser aquella hecatombe.

Los hombres sólo supieron luchar… ¡Luchar siempre! Toda la historia del hombre está plagada de luchas, de odios, de guerras y crímenes.

Y los que vivieron en la violencia, en ella perecían.

Lo monstruosamente terrible fue que cayeron juntes ángeles y demonios, culpables e inocentes, buenos y malos. ¡No hubo discriminación alguna!

En menos de tres horas, la Tierra quedó destruida, de un extremo a otro. Debido a la profusión de estallidos de armas atómicas; de la explosión de depósitos y centros termonucleares, la atmósfera sufrió tal convulsión volcánica que el fuego y la devastación fueron arrastrados por vientos huracanados de insospechada violencia.

Las llamas del caos atómico se extendieron de Europa a África, cruzaron el Atlántico, uniéndose a las que, en América, ya ardían desde el Cabo de Hornos hasta la tierra de Grant, en el Océano Glacial Ártico, y los mares hirvieron, lanzando nubes de vapor al infinito.

Todo terminó en dos horas y cuarenta y tres segundos.

En tal espacio de tiempo, sobre la populosa faz de la Tierra no quedó ni una brizna de paja que no ardiera, ni un guijarro que no se resquebrajase a causa del intenso calor… ¡No sobrevivió ni una insignificante hormiga sobre la Tierra, ni el más minúsculo pez en el agua!

De este modo espantoso terminaba la historia de la humanidad. Los hombres no supieron amarse unos a otros; no fueron capaces de olvidar los nacionalismos ni los sectarismos, y sucumbieron.

En su mayor parte, ya lo sabían. Estaban advertidos. Pero la humanidad había llegado a un punto en que unos cuantos hombres, muy pocos, podían decidir la suerte de todos los demás.

¿Culpa de la ciencia? No, desde luego.

¿De los políticos? Tampoco.

¿De quién, pues?

¡De nadie! Tal catástrofe ni podía ser concebida ni deseada por

nadie.

Sencillamente, ocurrió; eso fue todo.

Pereció la humanidad entera. Miles de millones de seres que no pudieron resistir la inmensa ola de fuego atómico que pasó sobre ellos.

¡Incluso murieron los que ya estaban muertos!

Y, sin embargo, este aserto no es completamente fiel. Hubo un hombre, un extraño hombre, que no pudo morir, ¡pero tampoco pudo vivir!

Se llamaba Iran Drano y cuando ocurrió el desastre llevaba ya varios años en estado de hibernación, muerto en vida, aletargado y conservado en un sarcófago de plomo, acero y ciertas aleaciones de otros metales de gran resistencia; no respiraba, tenía detenido el corazón, y, por tanto, su sangre no circulaba, como tampoco funcionaba su cerebro.

La historia de Drano era una extraña historia. Pero, exterminada la humanidad, ¿quién podía saber que él estaba vivo?

¿Y cómo se hallaba Iran Drano en tal estado?

¿Por qué?

Esto sólo podía contarlo él mismo... ¡Y lo verdaderamente asombroso es que fue capaz de hacerlo!

Antes, habían de pasar algunos miles de años.



CAPÍTULO PRIMERO

Dentro de la cabina había tres seres.

Estaban adosados al muro esférico, pegados materialmente, como

si aquella especie de bola estuviese animada de una poderosa rotación y la fuerza centrífuga quisiera hacer pasar sus cuerpos a través del metal.

¿O la cabina esférica, sin ninguna clase de instrumentos, no era de metal?

En realidad, parecía cuarzo. Y se podía ver a través de ella.

Y los tres seres estaban inmóviles, como si fuesen momias. Pero vivían y cambiaban impresiones mentales, transmitiéndose ideas y conceptos.

Las ideas de aquellos seres eran abstractas. Ningún traductor, tal y como se concibe en la actualidad, podría traducir tales ideas, ni aún introduciéndose dentro de las mentes que «dialogaban».

Sus cuerpos eran... ¿Cómo eran sus cuerpos?

A cualquier terrestre podrían parecerle monstruos horribles: aquella gran masa pulposa, la extraña e irisada pigmentación, las extremidades fibrosas, el cuerpo, en sí, deforme y como cubierto por vejigas circulares y escalonadas, a modo de clapas.

¿Y sus manos, con las que se adosaban al muro de la esfera? Eran tentáculos articulados, cubiertos de ventosas.

En lo que podía ser llamado rostro existían varias cavidades, que parecían ser bucales o nasales, y varios ojos, saltones todos, provistos de infinidad de ocelos, como los ojos de una mosca vistos a través de un potente microscopio.

Para la actual mentalidad humana, tales seres eran horribles monstruos, procedentes de algún remoto lugar de la galaxia, que diferían abrumadoramente de la línea escultural clásica establecida por Fidias o Praxíteles en la antigua Grecia.

Entre ellos, viéndose con la mirada profunda de sus privilegiados cerebros, eran verdaderas divinidades. Los tres seres eran mujeres... ¡Y de una belleza inigualable, dentro del concepto que ellas tenían de la hermosura!

Y su lenguaje telepático revelaba una sabiduría y una cultura que, de poder ser traducida, cualquier hombre o mujer de nuestra época se habría quedado fascinado.

Hablaban a su modo. Y decían:

—Ya estamos llegando... Descansemos un poco.

En alguna parte de aquellos tres «seres—cerebro» debió de aflojarse algún centro motor o distenderse alguna cadena de

extrañas neuronas, perqué la esfera de cuarzo aminoró su marcha.

—No hay peligro alguno, Yang. Nos posaremos con suavidad.

—¿Por qué habíamos de correr algún peligro? — inquirió la aludida —. ¿Acaso es la primera vez que llegamos a un mundo muerto?

—Si hubo civilización, encontraremos ruinas. Si no la hubo, hallaremos vestigios volcánicos. La inspección previa efectuada por los «transmutables» demostró que todo estaba muerto.

—¿Y que existían tenues vestigios radiactivos, amiga R'xa?

—¡Ah, sí, los vestigios radiactivos! Pero no podemos tenerlos en cuenta, siendo de orden tan ínfimo.

—Eso nos puede proporcionar una excelente orientación. Los planetas de este sistema están sometidos a fuerte radiación solar…

—No, Desa. Yo creo que debió de ser un mundo habitado… ¡Estoy segura!

—Te creo. Tu capacidad intuitiva es admirable, querida Yang.

Y las tres mujeres, procedentes del remoto M' pran—1», continuaron cambiando impresiones mentales, sin moverse, adosadas al muro cóncavo de la esfera en la que viajaban a través del cosmos.

Dicha esfera no estaba accionada por motor o mecanismo de ninguna clase. Había partido de un remoto mundo y se trasladaba por influjo mental conjunto de tres poderosos cerebros que le proporcionaban la fuerza propulsora suficiente para surcar el espacio a la inconcebible velocidad de seiscientos mil millones de kilómetros por segundo.

Esta velocidad, empero, no era constante. Dependía del influjo mental que sus ocupantes dirigieran a la esfera.

Y la cosmonave esférica pasaba como un rayo entre gigantescos nubes de polvo cósmico, dejando atrás mundos, soles y estrellas, sin desviarse ni una milésima de grado de la trayectoria ondulatoria prefijada.

Su destino era la Tierra. Un mundo muerto, un páramo estéril, yermo, vacío, sin mares ni océanos, sin ríos, sin bosques; sólo cubierto de polvo cósmico y cenizas.

R'xa, observando con los poderosos ojos de su mente, vio aquella bola plateada — la Tierra había perdido también su atmósfera — y la analizó.

Se iban acercando a ella a velocidad vertiginosa. La Tierra aumentaba de tamaño por segundos, destacando su relieve, su accidentada orografía y los surcos inmutables de lo que antaño fueran cauces de ríos caudalosos.

—Es curioso — dijo R'xa—. Ese planeta posee todas las características de un mundo habitado.

—Según manifiestan los «transmutables» — argumentó Desa—, lo estuvo. Hay vestigios de civilización, ruinas perfectamente reconocibles.

—¿Y podemos hacer caso a esos individuos mecánicos? —reprobó R'xa —. Quedó bien claro cuál era el objetivo de nuestro viaje.

—Sí — declaró la llamada Yang—. En Attek hay un misterio... Lo comprendemos.

—Atención, amigas. Vamos a tomar tierra.

La esfera en la que viajaban los tres seres disminuyó su aterradora velocidad. A cierta altura del suelo, como frenada por la proximidad, inició su lenta caída, sin ruido, como una pluma que desciende en un tubo de vacío, hasta que terminó posándose en tierra suavemente.

Acto seguido, también por magnetismo mental, se abrió un segmento de la esfera y las tres figuras extragalácticas se desprendieron de su pared cóncava y salieron fuera.

No caminaban... ¡flotaban en el vacío, pues el aire no existía en la Tierra!

—Observad bien este terreno. ¿Notáis algo?—preguntó Yang.

—Sí. Y cada vez estoy más convencida de que los «transmutables» son imperfectos.

Algo que podía traducirse como risa brotó de aquellos «seres—cerebro» y se transmitió a sus congéneres.

—¿Te hace gracia, R'xa?

—Sí, mucha. Pienso que los «transmutables» están fabricados por nosotras. Si son imperfectos, también lo somos sus creadoras.

—Lo ideal sería poder crear seres a nuestra semejanza, ¿no es así? — inquirió Desa.

—De sobra sabemos que eso no es posible.

—¿Y por qué no? ¿Acaso lo ha intentado alguien?

—¿Para qué intentarlo? ¿No sabemos que es imposible? Es

axiomático.

—También es axiomático que Attek es un mundo muerto... ¡Y nosotras estamos aquí!

Los tres seres procedentes de «M'pran—1» se detuvieron, todos sorprendidos, excepto uno, cuyo influjo había sido confundido. Pronto, sin embargo, la relación trimental se estableció de nuevo y la idea de R'xa llegó a sus compañeras.

—Hemos comprendido que aquí existe algo que podemos llamar el eslabón de una raza perdida. El mensaje llegó hasta nosotras con claridad... ¡Y estoy dispuesta a jurar que aquí hay un cerebro vivo!

—No tan aprisa, R'xa. —Los pensamientos de Yang se entremezclaron con los de la otra—. Eso lo dice tu intuición. Pero los «transmutables» poseen medios técnicos para asegurar que en Attek no hay el menor vestigio de vida.

—Llamémosle fenómeno — respondió R'xa —. Yo diría que es «algo». He dicho cerebro vivo por definirlo de algún modo. Y ese «algo» nos ha hecho venir hasta aquí a buscar... ¡Busquemos, pues!

»Yo iré hacia poniente. Tú, Yang, ve hacia levante.

—¿Y yo, qué dirección tomo? — preguntó Desa.

—La que quieras. Cuando alguna reciba algún influjo de proximidad, lo transmitirá a las demás.

—Sí.

—Sí.

Se separaron, alejándose como si volaran sin alas ni movimiento aparente alguno. Éste era el motivo de que tuvieran los miembros tan poco desarrollados: no los necesitaban. Su poder de traslación también radicaba en el cerebro.

El solo e intuitivo deseo de «ir» les bastaba para moverse. Flotaban a escasos centímetros del suelo, avanzando aprisa o despacio, según su deseo, observándolo todo con sus ocelos múltiples y con el influjo de captación sensorial que tanto poder les confería.

R'xa permaneció un espacio de tiempo, equivalente a seis semanas, examinando lo que podría ser considerado como un profundo e irregular valle. Dedujo, por infinidad do indicios, que aquel lugar debió de estar cubierto por las aguas muchos años atrás.

—Esto fue una fosa abisal — se dijo —. Y por tanto, es poco probable que aquí hubiese seres racionales. Los humanos han vivido

siempre en la superficie.

»Será mejor remontar esas pendientes, hacia lo que debió de ser tierra firme.

* * *

Mientras, Yang había encontrado algo revelador y definitivo: ¡vestigios inequívocos de civilización!

Primero fueron una especie de torres metálicas muy oxidadas y casi irreconocibles debido al polvo que las cubría. Algunas estaban volcadas, pero los gruesos cables que las unían indicaban una dirección importante.

Así fue como Yang encontró las ruinas de una gran urbe. En realidad, habría pasado de largo, volando a flor de tierra, pero, al no ver más torres en aquel suelo desigual, se detuvo, sorprendida.

—¿Qué es esto?

Como si alguien hubiese pasado un invisible azadón sobre el polvo compacto, el suelo se abrió en una zanja de medio metro de larga por veintitantos centímetros de profundidad.

Fue un surco desigual, producido por la influencia mental de Yang, capaz de remover la tierra, levantar pesos, abrir túneles o abatir montañas, y que dejó al descubierto una piedra en la que había una placa metálica arañada con extraños guarismos.

Yang emitió un nuevo y más poderoso influjo y la zanja se extendió en tomo a la piedra simétrica. Daba la sensación de que un arqueólogo había estado escarbando allí sin ser visto, dejando al descubierto lo que Yang quería ver.

Y la tierra o polvo extraído saltaba hacia los lados.

Yang se acercó a la placa metálica. Por vez primera utilizó sus cortas extremidades para apoyarse en tierra. Y lo que pudiéramos llamar sus manos tocaron el objeto de su curiosidad.

—Fíjate en esto, R'xa.

El influjo mental de lo que Yang estaba viendo cruzó el vacío y llegó a miles de kilómetros, donde su compañera ascendía volando una ladera.

—¿Qué es?... Es un escrito, ¿verdad?

—Sí. Pero no entiendo esta escritura.

—Hemos de buscar más placas o grabaciones. Las analizaremos y

emplearemos el sistema analógico.

—Esto nos llevará algún tiempo.

—¡No seas antigua, Yang! ¿Para qué necesitamos nosotras el tiempo? ¿Acaso todavía le das valor al tiempo? Entiendo que nuestros antepasados, seres mortales, midieran los minutos que tenían de vida para calcular, aproximadamente, cuando les llegaría la muerte. De este modo acrecentaban el valor del miedo, juzgando mal el espacio y combinándolo con esa invención humana que tú has llamado tiempo.

—¡Por favor, R'xa, no me riñas! — se quejó Yang—. Me refería al deseo que tengo de volver a «M'pran—1», donde he dejado abandonado mi laboratorio.

—Esto puede ser más importante.

Minutos después, R'xa se reunía con Yang, tras haber recorrido más de doce mil kilómetros.

¡Había empleado el sistema de la transmutación corpórea! El fenómeno carecía de misterio para R'xa. Su voluntad, poderosa como la más ingente fuente de energía, desintegraba todo su organismo corpóreo y lo trasladaba al lugar que ella deseara. Mente y cuerpo se desvanecían en un punto geográfico para reaparecer luego en otro.

¡Y, durante aquel breve espacio de tiempo, R'xa había transformado su cuerpo en átomos que luego volvían a unirse perfectamente!

—¿Qué es eso? — preguntó a Yang.

—Una piedra en forma de punta de lanza—respondió Yang, sin sorprenderse en absoluto al ver aparecer a su compañera a su lado —. Observa esta placa... Es de metal corriente... De oro.

—Sí, lo veo. Y me extraña que esté intacta.

Sin embargo, al tocarla con uno de sus dedos tentaculares y dotados de poder de succión, la placa metálica se resquebrajó, como si sus moléculas se hubiesen conservado unidas por verdadero milagro de equilibrio.

—Ya comprendo... Estaba desintegrada y la tierra que la cubría la mantenía así.

—Pero ¿qué quieren decir estas palabras? — insistió Yang, que tenía grabados en su cerebro los guarismos ahora desaparecidos de la placa de oro.

—«In memoriam. Walt Schemberg» — repitió R'xa, también reteniendo lo que había leído y añadió —: Esto fue una piedra conmemorativa en recuerdo de alguien que bien pudo llamarse Walt Schemberg.

—¡Claro que sí! — replicó vivamente Yang —. Siempre me asombra tu talento, R'xa.

Su compañera no le hacía caso. En aquel momento, con el poder de su potente concentración mental, estaba levantando la piedra del monolito volcado.

El pesado bloque se separó lentamente del suelo, se enderezó, y permaneció luego en perfecto equilibrio a unos diez centímetros de tierra.

Los dos «seres—cerebro» dieron una vuelta en su alrededor.

—No te fatigues, R'xa — suplicó Yang—. Déjala descansar sobre su base.

R'xa obedeció.

El monolito descendió poco a poco, quedando apoyado por su rota base.

—Aquí, en este lado, hay más escrito — dijo Yang, examinando la cara del monolito que había permanecido durante siglos adosada al suelo.

R'xa leyó los guarismos, sin comprenderlos del todo.

—La ciudad de Stuttgart guardará siempre imperecedero recuerdo de uno de sus mejores alcaldes... Walt Schemberg será el símbolo que mantendrá erguido el valor y la comprensión de los ciudadanos de esta urbe... ¿Qué quiere decir esto, Yang?

—No lo sé. No entiendo ni una palabra. ¿Qué te dice tu intuición?

—Me dice que estos guarismos hablan de alguien, tal vez un procer... ¡Bah! Las piedras no han tenido nunca cerebro. Vámonos.

Se fueron, dejando en pie el monolito que perpetuaba la memoria del que fue alcalde de Stuttgart.

Pero en cuanto R'xa dejó de pensar en el monolito, como desmembrándose en sus más internas partículas, todo se desmoronó de súbito, quedando convertido en un montículo de arenilla.

¡El tiempo y la radiación atómica no perdonaban!

* * *

El aviso lo dio Desa esta vez.

—¡Aquí está! ¡He captado el influjo de proximidad!

Segundos después, R'xa y Yang aparecieron a su lado como por arte de birlibirloque.

El terreno que se extendía ante las tres exploradoras ofrecía contornos irregulares, formando montículos de polvo blando, fino. Y en todo lo que abarcaba la vista era igual.

—Aquí debajo existió una metrópoli — dijo Desa, señalando a tierra.

Ninguna de sus dos compañeras respondió de momento. Parecían escuchar algo. Estaban intensamente concentradas, captando, auscultando el suelo con los órganos de sus poderosos cerebros.

Al cabo de un lapso de tiempo que igual pudo ser un minuto como un año, R'xa miró a Yang. Ésta asintió.

—Sí, lo he captado... ¡Es un cerebro y vive!

—Apartaos de ahí. Voy a desenterrarlo.

Desa y Yang se retiraron unos metros. R'xa concentró su mente en el suelo y, como arrancada por una invisible turbina aspiradora, la tierra y el polvo saltaron del suelo en forma de géiser y cayeron a un lado.

Aparecieron piedras que al instante se convirtieron en polvo; hierros oxidados, cristales, plásticos. Todos estaban confusamente mezclado entre lo que antaño fueran escombros y que ahora la poderosa mente de R'xa convertía en arena arcillosa, seca y desmaterializada.

Fue preciso retirar varias toneladas de aquel extraño cascajo arenoso y practicar un agujero de doce metros de profundidad, para que apareciese el objeto rectangular, en forma de enorme sarcófago.

—¡Ahí está! — exclamó la mente de R'xa.

Desa y Yang se acercaron al borde del pozo tan rápidamente practicado y miraron abajo. Ni un músculo de su bulboso cuerpo se estremeció, ni se alteró siquiera. Y, sin embargo, el estupor las dominaba a todas.

—Está ahí dentro... ¿Cómo puede vivir? — preguntó Desa.

—No puede estar vivo. Ha de estar aletargado, en hibernación... No sé. Algún procedimiento químico conservará su cuerpo y su mente.

—Eso ya lo comprobaremos más tarde. Ahora sacaré ese ataúd de ahí.

—¿Te ayudo? — preguntó Yang.

—No es necesario. Aún tengo energías para remover toda esta ciudad sepultada.

Concentrando su mente en el sarcófago que había en el pozo, R'xa ejerció la fuerza mental necesaria para hacer que empezara primero a moverse, a abrirse camino entre la tierra que aún le aprisionaba, y luego a subir lentamente hacia la boca del pozo.

El influjo mental de R'xa en aquel momento era superior a la tonelada y media, ya que tal era el peso del sarcófago. ¡Y lo levantó a una altura de doce metros y medio, desde el fondo del pozo, para depositarlo, suavemente, a un lado, junto a ella!

Al aflojar la tensión magnética de su cerebro, R'xa imitó, con la cavidad bucal, lo que entre ellas podía considerarse una sonrisa.

—Soy fuerte aún, pese a no haberme alimentado desde hace tres ciclos gástricos.

—No te debilites demasiado, R'xa. No es bueno... ¿Y ahora qué hacemos con esto?

—Abrirlo — propuso Desa.

—¡No! — se opuso R'xa vivamente—. Ahí dentro hay un ser viviente de una raza extinguida. Esto requiere cuidados extremos. Hemos de llevarle a «M'pran—1» y tratarlo en un laboratorio adecuado. Será preciso documentarse ampliamente con los restos arqueológicos que hallemos aquí, para poder reproducir las condiciones de vida ambientales que remaron aquí cuando este individuo fue sometido a hibernación.

—Sí, claro. Eso es lógico. ¿En qué época supones que fue hibernado este homínido?

R'xa tardó unos segundos en contestar. Al fin, su mente dirigió un influjo psíquico a sus dos compañeras.

—Diez mil años.

—¿Y crees que podrá vivir?

R'xa no respondió. Su ciencia era mucha, pero...

CAPÍTULO II

Antes de pestañear y abrir los ojos, Iran Drano tuvo consciencia de haber recobrado el sentido. Inmediatamente pensó que el experimento del Profesor Blank había fracasado.

¡No había muerto, como esperaba!

Y de nuevo, el infinito ahogo de su existencia vacía le invadió. Sólo tenía veintiocho años. Y en 1970, tener esta edad y sentirse solo y fracasado era un delito de autocastigo.

Pensó en la odiosa Melva Erzen. Y pese a que la hubiese matado, aún sintió por ella aquel sentimiento inexplicable y necio que le hizo abandonar Ankara, dejarlo todo y seguirla hasta Lüdcke.

Abrió los ojos.

En el mismo instante, quedó atónito. Vio el techo de algo parecido al cristal. Nada más. Una luz paradisíaca, de indefinida tonalidad, lo invadía todo.

¡Y a su alrededor, las más extrañas máquinas que viera en su vida!

¿Qué era aquello? ¿Por qué parpadeaban aquellas extrañas luces?

Sintió, al mismo tiempo, como si unos dedos oprimieran su cabeza. Levantó la mano y se palpó, descubriendo algo así como alambres que... ¡Que penetraban en su cerebro!

Quedó aterrado. ¿Dónde estaba? ¿Qué lugar era aquél?

Y el miedo le hizo gritar:

—¡Profesor Blank, auxilio!

En el mismo instante se abrió una puerta. O lo que parecía una puerta, que no giró sobre sus goznes, sino que el tablero avanzó como un biombo vivo.

Y detrás, surgiendo por la parte derecha, apareció «Ella».

—¡Dios mío!—no pudo por menos que exclamar Iran Drano, quedándose boquiabierto.

Era una figura luminosa, radiante… ¡Una escultura de luz! Su cuerpo, apenas cubierto por la sutil gasa que flotaba tras ella, era el súmmum de la perfección femenina. Poseía las líneas más redondeadas y firmes de cuantas Iran viese en su vida, y, de los pies a la cabeza, era una estatua viviente.

Llevaba recogido el cabello en un peinado clásico, con bucles y moño de complicada confección, y mostraba un rubio bronceado. Sin embargo, lo que más fascinó al joven turco eran sus ojos y su rostro.

¡Qué ojos, qué boca, qué labios…! Los ojos eran piélagos de esmeralda, y los labios, rojos como los corales, tras los que se ocultaban nácares blancos y simétricos, correspondientes a los dientes.

—Hola, buenos días, Iran — habló la mujer en francés, el idioma que él había aprendido de su madre y el único con que se expresó en toda su vida.

Pese a haber nacido en Ankara, Turquía, Iran Drano era fruto del matrimonio de una dama francesa con un diplomático persa. Ambos habían muerto en un accidente de aviación, siendo él muy joven, y desde entonces su vida quedó truncada por completo. Fue de un lugar a Otro, sin rumbo, anonadado, sin estudios ni profesión y apuró las heces del mal vivir.

¡Bah! ¡Ahora estaba viendo algo que compensaba plenamente su retroceso, su vuelta a la vida!

Y bendijo el fracaso del Profesor Blank, quien le permitía ahora ver y oír a una mujer como no existía otra en el mundo.

—¿Quién es usted? — preguntó Iran, incorporándole sobre la extraña mesa en que yacía.

Ella se acercó a él y le tendió la mano, envolviéndole en una cálida y cordial sonrisa.

—¿No se da así la mano entre ustedes? — preguntó con candor —. Mi nombre es R'xa. Pero si se lo digo completo no lo entenderá… Se pronuncia algo así como Ralthemdongexa… Y luego siguen unos guarismos que me es imposible traducirle.

Perplejo, pero sin comprender aún, Iran preguntó ingenuamente:

—¿Y cómo es usted tan hermosa?

—¡Bah! Soy enteramente artificial. El cuerpo que llevo ahora, semejante al suyo, ha sido diseñado por una etnólogo, después de

estudiarle a usted durante diez años. ¿No eran así las mujeres de la Tierra?

—No, ¡claro que no! ¡Usted es infinitamente...! — se interrumpió Iran y miró con fijeza a su interlocutora—. ¿Ha dicho usted de la Tierra?

—Sí, Attek, la Tierra.

—¿Dónde estoy, pues? ¿Dónde está el Profesor Blank? ¿Qué extraño lugar es éste?

R'xa puso su mano aterciopelada sobre el hombro derecho de Iran, haciéndole tenderse sobre la mesa—plataforma en que yacían y que estaba construida de algo blando, suave y que se amoldaba a su cuerpo.

—Tenga calma, amigo Iran... Éste no es el viejo laboratorio del Profesor Blank, en Lüdcke. Estamos en «M'pran—1», a más de cien millones de años luz de Attek — habló la extraña R'xa con suave acento francés.

—¿Qué ha sucedido?

—Según nuestros estudios, han ocurrido muchas cosas. En primer lugar, nosotras le hemos vuelto a la vida. Usted yacía hibernado, aletargado, o como quiera llamarle, dentro de un ingenioso cofre metálico, al que las bombas atómicas no pudieron desintegrar.

»Su cuerpo estaba sumergido en líquidos, a base de alcohol, formol y éter, lo que ha permitido la conservación por un período de tiempo superior a los diez mil años.

—¿Diez mil años? Pe... pero... Entonces...—balbuceó atónito, Iran Drano.

Como si leyese su pensamiento, R'xa repuso:

—Sí, el experimento del Profesor Blank constituyó un éxito. Y prueba de ello es que está usted aquí... Le hablo de usted porque su lengua tiene esta forma correcta de tratar a los demás. Pero nosotros somos muy conocidos ya. ¿Por qué no tutearnos?

—Sí, sí... Tiene usted razón.

R'xa sonrió ampliamente, haciendo alarde de su bella y simétrica dentadura.

—En realidad, sé de ti todo cuanto es necesario saber. He «hurgado», valga la palabra, en tu mente durante bastante tiempo. No hay en ti secreto que yo no conozca. Y, según he podido juzgar, no valía la pena que quisieras matarte por esa estúpida y deleznable

Melva Erzen…

—¿También la conoce?

—Sí. Tengo todas las imágenes de ella que había registradas en tu mente.

—No la entiendo.

—Háblame de tú, Iran. Tenemos mucho de qué hablar y no creo que nos falte tiempo. Para mí, el tiempo no cuenta… ¡Y para ti también ha dejado de tener valor!

»Es asombroso que, en un mundo donde todos temían la muerte, tú quisieras quitarte la vida por una mujer.

—Sí, es cierto — asintió Iran—. Creí que, sin Melva, la vida ya no tenía aliciente para mí. El profesor Blank me encontró cuando iba a tirarme por el «Pretil de los Suicidas». Por lo visto, esperaba allí a alguien como yo.

—¡Su rostro era radiante como el de un niño, al sujetarte el brazo! — exclamó R'xa, sonriendo—. Lo he visto. Ya te he dicho que tu vida no tiene secretos para mí. Él te llevó a su casa. Te dio de comer, te animó… Y te habló de sus proyectos.

—Así fue — admitió Iran, como avergonzado —. Me enseñó el ataúd que había hecho construir. «Aquí — me explicó—, puedes yacer tú, muerto en vida, hasta que te despierten mis descendientes, dentro de cien o doscientos años. Para entonces, tu problema habrá dejado de existir. Serás un fenómeno de la ciencia. ¡Un hombre que resucita del pasado!»

—Debo decirte que el Profesor Blank se equivocó completamente. ¡No habrías resucitado! — declaró R'xa, muy seria—. Con la ciencia de los hombres de tu raza, estabas condenado a muerte. Él sólo descubrió el modo de conservarte intacto y evitar la descomposición.

«Desa, Yang y yo permanecimos en la Tierra muchos de vuestros llamados meses. Hicimos averiguaciones de tipo arqueológico y logramos encontrar las placas de cadmio, en las cuales Hans Blank había grabado sus instrucciones. Al igual que tu ataúd, estaban fundidas en un metal que, lejos del aire, no pudiera ser atacado por la desintegración atómica.

«Fue una sabia precaución, pues debo decirte que, algunos años después, la Tierra sucumbió víctima de la inexperiencia de quienes regían sus destinos.

—¿Desapareció la Tierra?

—No. Sigue allí, rodando en su órbita silenciosa. ¡Lo que desapareció fue la vida del planeta!

Los ojos de Iran Drano se agrandaron desmesuradamente.

—¿Murieron todos?

—Todos. No quedó ni agua en los mares ni plantas en el suelo… Desaparecieron hasta los pájaros. Y era normal que así fuese. Conocemos infinidad de mundos semejantes, cuyo progreso evolutivo llevó a sus habitantes al exterminio.

»De entonces acá, ha transcurrido mucho de lo que vosotros llamáis tiempo. Ya te he dicho. Diez mil años terrestres, poco más o menos.

—¿Y… sólo yo he… sobrevivido? — inquirió Iran, atónito—. ¿Yo, que quise arrojarme sobre los acantilados, por culpa de Melva Erzen?

—Sí. Ella murió. Y tú vives.

De pronto, Iran se echó a reír como un loco. Se incorporó en la mesa, haciendo retroceder a R'xa, y su carcajada llenó el aire de la estancia. Aire compuesto de oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, helio y otros gases, hasta formar una atmósfera idéntica a la de la Tierra cuando Iran vivía en ella.

Interrumpió su risa para hacer una pregunta:

—¿Murió Melva?

—Sí, naturalmente.

—¿Y se casó con aquel fabricante de charcutería?

R'xa se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Tú fuiste hibernado en 1970. Desde entonces hasta la gran catástrofe que aniquiló la vida en la Tierra, pasaron veintidós años.

—¿En 1992? — preguntó Iran.

—Sí, si nuestros estudios no fueron equivocados. Desa, Yang y yo comprobamos esa fecha. Por eso ignoro lo que fue de las personas relacionadas contigo.

»Sé que dejaste el hotel en Ankara, para ir detrás de Melva Erzen. Llegaste a Alemania, estuviste con ella unos meses, hasta que se te acabó el dinero que te llevaste de la caja del hotel.

—¡Doce mil libras!—exclamó Iran—. ¡Te juro que perdí la cabeza! ¡Me enloqueció! Yo no era un ladrón. No había robado

jamás. Lo hice por seguirla a ella…

—Lo sé, Iran. También sé que no eres mala persona. Si acaso, y en el ambiente que te rodeaba, eras un poco alocado, un tanto mujeriego, despreocupado. Pero te ganabas la vida de intérprete en el Mussdek Hotel, como antes te la habías ganado en el carguero «Líbano», viajando por todos los mares… Y antes no tenías necesidad de ganártela, porque te protegía tu tío Perrin, que murió en Lyon, y sus abogados se repartieron su fortuna, dejándote únicamente papeles, a los que, en tu rabia y frustración, prendiste fuego.

—¡Lo sabes todo!

R'xa sonrió abiertamente.

—Todo. Tengo tu retrato psicológico, tu forma de ser y tu historial. Es fácil «hurgar» en la mente de un terrícola. Lo tenéis todo guardado como si vuestro cerebro fuese un antiguo archivo.

—¿Tú no eres así?

R'xa negó con la cabeza.

—Somos muy distintas.

—¿Qué mundo es éste? Puedo vivir aquí, ¿verdad?

—Te asombrarás cuando veas a mis semejantes. No son como tú me ves. Al conocer tu psicología, he hecho que la doctora Gado, me haga un cuerpo como el de una mujer de Attek, ¡quiero decir de la Tierra! De este modo, tu relación conmigo será más normal.

—¡Te ha hecho maravillosa, mujer! — exclamó Iran, impensadamente.

—Gracias. Lo tomaré como un halago. Si me vieras tal y como soy, recibirías un terrible impacto psíquico. Por eso, no te dejaremos salir de aquí. En «M'pran—1» hay cerca de tres millones de hembras como yo que…

—¿Todas mujeres?

—Sí — R'xa sonrió. No te hagas ilusiones. Este mundo no te pertenece. Ya te he dicho que el miedo te enloquecería si nos vieses como somos. Yo te explicaré lo que es «M'pran—1».

»Aquí vivimos en comunidad, sin guerras, sin odios y sin poder ocultarnos nada, una gran cantidad de mujeres. En realidad, nuestra raza se hizo estéril muchos siglos atrás. Desaparecieron los hombres, porque no había necesidad de ellos.

»Nos perfeccionamos de tal modo que nadie muero en «M'pran—1». Tampoco nace nadie. Nosotras, solas, somos incapaces de

reproducirnos. Más no necesitamos a nadie. Aquí trabajamos, nos dedicamos a la ciencia, a la investigación y al arte.

«Podemos viajar por el universo, podemos crear sin esfuerzo, podemos aniquilar del mismo modo, y nuestra sociedad está regida por el cerebro. Todas conocemos nuestros pensamientos. Todas leemos nuestras mentes y no hay forma alguna de evadirse, del mismo modo que, por medio de esos electrodos que te hemos introducido en la cabeza, todas mis hermanas saben lo que piensas, quién eres y lo que dices.

Iran abrió la boca para responder. Se contuvo. ¡Aquello era insólito! Tuvo la sensación de hallarse desnudo ante R'xa. ¡Ella había desdoblado su cerebro!

—No temas. Nos interesan todas tus reacciones. No debes avergonzarte de nada. Somos comprensivas.

El rubor invadió el rostro de Iran. Bajó la cabeza.

—La culpa es de Gada. No debió hacerme bonita a tus ojos —añadió R'xa.

—Lo siento. Perdone.

—Estás perdonado. Ya sabía yo que los humanos de la Tierra eran muy débiles y pasionales. Aunque carece de importancia... Si lo que has deseado te complace, no tengo inconveniente alguno en besarte. Se unen los labios, ¿verdad?

—¡No!—exclamó Iran, sofocado—. Se lo agradezco... No he podido controlar mi mente... ¡Y haga el favor de no leerme el pensamiento!

R'xa sacudió la cabeza.

—No puedo evitarlo, Iran. ¡Háblame de tú, por favor!

Ahora, el joven terrícola no respondió. Se tendió sobre la mesa y miró al techo. Se preguntó de dónde procedía aquella extraña luminiscencia que lo inundaba todo.

La mujer habló:

—Es luz natural. Procede de la nebulosa de gas atómico que nos alumbra. Está situada a dos millones de años luz, y debe de ser un astro gigantesco, rodeado de atmósfera inflamada. No hemos podido acercamos allí, porque la temperatura es de un número de grados espantoso. A mil años luz, nos fundiríamos como la cera. Ahora que, si no tuviésemos luz, la fabricaríamos.

—¿Hay aquí noche y día?

—Sí. Pero el día tiene una duración de muchos lustros, igual que la noche. Apenas me acuerdo de la Oscuridad última.

—¿Cómo vivís aquí?

—En los laboratorios. Aquí todas trabajamos. No hay casas, sino «labos», como éste. No descansamos, ni nos alimentamos más que de tarde en tarde. Nuestro organismo es perfecto, carece de desgaste... ¡Ah! Y tenemos sirvientes; tantos sirvientes como se nos antojen.

—¿Sirvientes esclavos?

—Nada de eso. Son pequeñas máquinas hechas por nosotras. Los llamamos «Igars», que quiere decir «transmutables».

—¿Transmutables? — preguntó Iran—. No lo entiendo.

—¿No? Ahora verás uno de nuestros sirvientes.

La mujer se volvió, hizo un gesto y, en el espacio claro que había entre la mesa y la puerta—biombo, empezó a formarse una bola de color azulado.

—¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido?

—Ha venido de la factoría, pedida por mí. Es esférica y carente de tamaño. A voluntad, puede adquirir la forma que se le pida. Pero no olvides nunca que es una máquina.

—¿Una máqui...?

La esfera azul se transformó rápidamente, adquiriendo ahora una extraña forma, como de máquina de imprimir.

—¡No! — exclamó R'xa—. No formules ideas raras, pues este sirviente te obedecerá. Pídele, por ejemplo, que adquiera una semejanza similar a la tuya.

Iran evocó un modelo de robot que vio de joven en una revista.

¡Al instante, la bola adquirió idéntica forma que la imaginada por él!

—¡Diablos! — exclamó —. Quédate así. ¿Hablas, robot?

—Sí — contestó una voz metálica.

R'xa sonrió.

—Puede convertirse en lo que quieras. Desaparecerá cuando se lo pidas y volverá tan pronto como lo necesites. Te lo digo en serio, es el «transmutable» más perfecto que hemos construido. Nadie ha podido ponerle la menor objeción.

—¿Y piensa?

—De un modo mecánico, accionado por células flexibles y distensoras, que son las que le dan la forma y apariencia que les

exigimos. Como tu organismo necesita alimentos, el sirviente te los proporcionará.

«Ahora, Iran Drano, debo dejarte. He de ir a una especie de reunión. Debo dar cuenta mental de tu estado, cambiar impresiones con mis compañeras y decidir lo que hemos de hacer contigo. No sé el tiempo que tardaré. Pero, te lo advierto, no te muevas de aquí.

»Si, por algún medio, lograses escapar de estas paredes, morirías.

Iran se estremeció. No dijo nada.

R'xa se dirigió a la puerta—biombo y desapareció tras ella. En la habitación del techo transparente y los extrañas máquinas, sólo quedó el mudo sirviente, cuyo aspecto de robot metálico infundía un poco de temor al terrícola.

—¿No puedes convertirte en algo más humano, amigo? ¿En un hombre como yo, acaso?

Sin responder, las rígidas líneas metálicas del sirviente se modificaron. En su lugar apareció una figura con apariencia humana: brazos y piernas musculosos, rostro firme, agraciado, ojos claros y boca grande. Su cabello, como su piel, era azulada.

—¡Tíñete de otro color, como yo!

—Lo siento — respondió el «transmutable»—. La coloración no puedo abandonarla. Sea cual sea la forma que adquiera, mi color de sirviente siempre será el mismo.

—¡Pareces un mono azul! — exclamó Iran. Y le gustó el nombre. Por esto añadió —: Te llamaré «Mono Azul», ¿Te gusta?

El «transmutable» no respondió. No tenía por qué hacerlo. Él estaba allí para servir.

—Oye, «Mono Azul», ¿sabes lo que ocurrirá si me quito estos alambres de la cabeza?

—Lo ignoro. Pero posiblemente te sucederá lo mismo que a mí, si intento quitarme una válvula extraña que llevo en mi interior y que me ha convertido en un esclavo de las «Amas»... — Incluso adoptó una expresión fiera al añadir —: ¡Pero un día hallaremos el modo de quitárnosla y entonces...! ¡Ay de las «Amas»!

Iran sintió un estremecimiento.

CAPÍTULO III

La gran reunión tenía lugar al aire libre, en un lugar curiosamente construido, el cual podría describirse diciendo que consistía en un cono metálico, de unos veinte metros de altura. Alrededor de él había un aro metálico, al nivel del suelo. Otro aro rodeaba al primero, y un tercero, al segundo.

Así, infinidad de aros, cada vez mayores, y a nivel superior unos de otros, rodeaban el cono central. Habría entre quince y veinte mil de aquellos aros, y en todos ellos estaban las extrañas figuras pulposas, con las cortas extremidades dobladas bajo los pliegues de sus vejigas circulares y escalonadas.

Era como un hemiciclo circular, excavado en el suelo gris de aquel dilatado mundo sin montañas, completamente llano, e iluminado por la singular luminiscencia que llegaba del infinito.

En el hemiciclo habría casi tres millones de «seres—cerebro». Dialogaban mentalmente, pero no se escuchaba el más leve ruido. Eran sus mentes la que conversaban.

Todas parecían expresar idénticas dudas, igual preocupación.

De pronto, sobre el cono metálico apareció la oradora. Nadie podría distinguirla pues su aspecto externo era idéntico al de las demás.

Era R'xa, la cual había sido requerida para hablar a sus congéneres. Lo hizo situándose, por medio de la transmutación, sobre el cono y girando sobre sí misma despacio, sin tocar el reducido piso con sus cortas extremidades.

—Hermanas — empezó a pensar R'xa, dirigiéndose a la muchedumbre congregada—, os ruego que me prestéis la máxima atención. Debo comunicaros algo muy importante, aunque os supongo a todas enteradas.

—¿Por qué has abandonado tu cuerpo de terrícola?— llegó hasta

la mente de la oradora el pensamiento de la doctora Gada, creadora de aquel cuerpo ostentado por R'xa.

—¿Por qué? No hagas preguntas obvias... De sobra sabéis todas el profundo respeto que me merecéis. Y me conocéis bien. No hay en mí presunción ni...

—¡Nuestro cuerpo es bello! — rugieron miles de mentes.

—Sí, lo es. Pero al terrícola le parecería horrible... ¡Por favor, prestadme atención!—suplicó R'xa—. Iran Drano es motivo de experimentación. Nos ha servido para conocer una extraña raza desaparecida. Él era su único vestigio viviente y decidimos no desaprovecharlo.

—Es cierto — declaró Yang, desde su puesto, confundida entre aquella inmensa masa de cuerpos iguales—. Yo te apoyo, R'xa.

—¡Y yo! —añadió Desa, desde otro lugar.

—Os lo agradezco. Ahora, quiero confesar mi debilidad. El adquirir el cuerpo con el que me ha visto Iran Drano no ha sido indicio de coquetería... ¡Digamos, más bien, de piedad!

—Todas estamos enteradas de tus sentimientos momentáneos hacia ese terrícola — argumentó alguna—. Te has sentido atraída hacia él.

—¡No!

—Sí. Tu pensamiento es el nuestro.

—Debió de ser algo fugaz y sin malicia.

—Concretamente, sentiste envidia de los recuerdos que Iran Drano tenía en su mente. Te hubiese gustado ser una de las mujeres extrañas que él conoció.

—¿Y es eso delito? ¿No es conveniente identificarse con las personas que él recuerda, para adivinar cómo eran en realidad, y no como él las veía?

Nadie replicó ahora. Y R'xa prosiguió:

—Quiero admitir que he podido sentir atracción científica hacia el terrícola. Incluso llegué a pensar si, con la máscara de carne que me ha fabricado la doctora Gada, podría yo...

¡¡Era un pensamiento monstruoso, que indignó a todas sus congéneres, extendiendo una oleada de pensamientos de protesta!!

—¡No es inicuo!—protestó también R'xa—. Yo soy mujer. Él es hombre. Somos de razas y metabolismos distintos, pero la doctora Gada ha hecho algo que...

—¡No, no, no!

—Si piensas así, habremos de hacerte desaparecer.

—¿Quién habla de hacerme desaparecer? ¿Qué mundo es éste? ¿Acaso debo respetar alguna ley?

—¡La ley se dictará aquí! ¡Es la ley de la mayoría! ¡Retráctate, R'xa, o te postergaremos!

—¡Hay que extirpar sus glándulas sensoriales! ¡Aniquilémosla!

R'xa dejó que aquel ingente número de «seres—cerebro» expusiera sus pensamientos. Ella podía esperar. El tiempo no importaba allí. Incluso podía dejar su mente vacía, concentrándose en algo que no tuviera relación con el tema a tratar, para desorientar a sus compañeras.

Era un ardid que dio resultado.

Un clamor psíquico preguntó al instante siguiente en que R'xa hubiese formulado su pensamiento desorientador:

—¿Quién es Walt Schemberg?

Sólo Yang podía contestar a tal pregunta. Y debió de sonreír para sus adentros al darse cuenta del truco de R'xa.

—Es sólo un nombre, hermanas — contestó entonces R'xa—. Pero prestadme atención. No penséis todas a la vez. Hay que saber captar las ideas de las demás. Hasta ahora, jamás habíamos tenido la menor dificultad para vivir en «M'pran—1». Hemos vivido en vasta comunidad y pocas veces ha sido preciso llenar este hemiciclo para una Gran Reunión.

«Ahora bien, hemos de tratar de Iran Drano. Algunas de vosotras habéis pedido que se le mate. Es de otra raza y de otra época y no tiene ninguna relación con nosotras. Incluso pertenece a un mundo atrasado y perdido.

«Mas yo opino que nos puede ser muy útil.

—¿Para qué? — preguntaron más de un millón de cerebros.

—Para conocer el pasado, la historia del Universo, la morfología de las razas, la estructura de los pueblos, su idiosincrasia, su metabolismo... Prestadme atención. Iran Drano es un caso interesante, ¡incluso si una de nosotras se sacrifica junto a él y procura crear algo que la naturaleza nos ha negado!

«Nosotras estamos estancadas en «M'pran—1», sin adelantar ni atrasar. ¿Quiere alguna de vosotras decirme si el mensaje que puede transmitirnos Iran Drano no será decisivo para nuestro progreso?

Una ínfima cantidad de voces psíquicas expresaron su indignación.

—Nuestro progreso es inmutable. No necesitamos a extraños que nos vuelvan al pasado ignoto del que venimos... ¡Tenemos archivos que nos demuestran claramente el error de la convivencia con el sexo contrario!

Era un argumento de peso. R’xa no podía rebatirlo. Pero se apresuró a declarar:

—Yo no pretendo, ni quiero, volver al pasado. Nuestra ciencia ha superado ya aquellos errores que llevaron a nuestros antepasados a exterminar lenta

mente al sexo contrario, aunque este hecho fuese también un error.

—No lo ha sido y la comunidad lo demuestra en su desenvolvimiento. Fue preciso una evolución del pensamiento, un control general de nuestras ideas, una claridad meridiana en la conducta y en las obras, para que la paz constructiva de que gozamos ahora se impusiera sobre la maldad de aquellos siglos pasados.

—Pero ¿han pasado? ¡Responde a eso, hermana Kire!

—El, han pasado. ¿Y me aseguras tú, R’xa, que no volverán?

—¡Temes mucho a lo que no has conocido!

—He estudiado la historia. Y mi deber es evitar que se repitan los yerros de la Prehistoria.

—No se repetirán — habló la doctora Gada, saliendo en defensa de R’xa.

Ahora, nadie respondió. Era como si hubiesen llegado a un acuerdo, aunque, en realidad, no habían decidido nada.

Antes de disolver la Gran Reunión, sin embargo, se acordó, por decisión de R’xa, nombrar una pequeña comisión para que estudiara el caso de Iran Drano.

—Diez de nosotras pueden ocuparse de ese «hombre»— dijo R’xa —. No hay necesidad de que todo «M’pran—1» esté pendiente de lo que dice o piensa el terrícola.

—Es justo — asintió el conjunto de «seres—cerebro».

Se nombró jefe del grupo a la doctora Gada. R’xa continuaría con su experimentación, ayudada por Desa y Yang. Se nombraron seis miembros más, entre las que estaba Kire, resentida aún, y luego se

levantó la reunión general.

Las diez elegidas se reunieron en el «labo» de la doctora Gada.

* * *

«Mono Azul» facilitó a Iran alimentos, una mesa, silla, cubiertos y agua potable.

—Todo esto se hallaba preparado para ti, Iran — dijo el doméstico azulado—. Lo hicieron ellas después de estudiar tu organismo.

—¿Cómo me estudiaron?

—Te descompusieron en fragmentos.

Iran se palpó el cuerpo instintivamente. Sintió miedo. Al mirarse el pecho, el vientre y los brazos, para lo cual se descubrió de la sutil túnica con que le habían vestido por recato, no vio cicatriz ni vestigio alguno de lo que decía «Mono Azul».

—No noto nada. ¿No te equivocas? ¿Cómo lo sabes?

—Yo también tengo cerebro, señor — contestó el doméstico—. Soy una máquina «transmutable». La mayor parte del tiempo estoy arrinconado en un almacén que tienen las «Amas» bajo el suelo. Somos muchos... Doce millones de siervos. Se calcula que cada «Ama» puede necesitar a cuatro de nosotros, y, a veces, más. Pero se los piden prestados unas a otras, según el trabajo que deban efectuar.

—¿Para qué os utilizan, pues?

—Para todo. Viajes a otros mundos, construcciones, excavaciones, talleres... ¡Y hasta para servirte a ti! Yo soy siervo de R'xa.

—Comprendo. Lo que no entiendo tanto es por qué hablas mi lengua con tal perfección.

—Me lo ha enseñado R'xa. Me puso un circuito construido por ella, el cual me permite comprender tus palabras.

—Eres muy perfecto, «Mono Azul».

—Sí, terrícola. Soy más perfecto como máquina que tú como hombre.

Esta afirmación sorprendió a Iran, dejándole confuso.

Comió de prisa y luego se levantó para dar un paseo en torno a la estancia, en el cual contempló los extraños cuadros y máquinas que

allí habían.

—¿Para qué sirve todo esto?

—Son registradores y computadores, que se utilizan para control de tu cerebro. Ondas invisibles captan todo cuanto dices y piensas y lo envían a las «Amas»… Esta otra máquina, sin embargo, está destinada a crear aquí dentro una atmósfera artificial que te permita vivir sin molestias.

—¿Y cómo es que R'xa puede respirar aquí y afuera?

—Tiene dos metabolismos. Además, se transforma, pudiendo adquirir el aspecto de las «Amas» y el de una mujer terrícola.

—No comprendo nada. Creo que terminaré volviéndome loco. ¿Cómo lo hacen?

—Tu cerebro no está hecho para comprender eso, Iran Drano. Lo siento.

Indignado, Iran se volvió a «Mono Azul».

—¿Te burlas de mi? — gritó con ira.

El otro sonrió.

—No soy más que una pobre e insignificante máquina. Pero te digo la verdad. Y, si te ofende la verdad, es que no eres perfecto. Lo siento. No sé pensar de otra manera. Si quieres, me callaré.

Iran miraba una máquina que tenía varios ojos electrónicos, o algo parecido. De tóeles los objetos allí depositados, era el más singular, extraño y sin aparente utilidad.

Se volvió a «Mono Azul» y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Lo ignoro. Jamás había visto esa máquina.

—Por tanto, se trata de una máquina, ¿no es así?

—Supongo.

—¿Quién la ha construido?

—Ellas… Habrá sido R'xa. Tiene un talento especial que nos preocupa.

Iran miró fijamente a su sirviente.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Tú no puedes leer mi pensamiento. No te lo diré.

—¿Y ellas, sí?

—No quiero hablar de esto.

—¡Te obligaré! — exclamó Iran —. Se lo diré a R'xa cuando venga.

—¡No, no le dirás nada! ¡Antes de que le digas algo, soy capaz de matarte!

Iran retrocedió unos pasos. En el rostro impenetrable de «Mono Azul» había creído captar una expresión de infinito odio. Y le pareció que aquel extraño robot estaba dispuesto a atacarle.

—¿Es que ellas no controlan tus pensamientos?

—No te hablaré.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuál es tu propósito? ¡Tú no eres lo que dices ser! Lo adivino...

«Mono Azul» empezó a oscurecerse. Su figura de aspecto humano se encogió sobre sí misma, a medida que retrocedía hacia la puerta —biombo. Antes de llegar a ella, empero, Iran pudo ver parte de la transformación del sirviente... ¡Y un grito de horror se escapó de su garganta!

¡Estaba viendo algo parecido a una babosa de cabeza picuda y cuerpo como de pulpo, con extremidades cortas y manos tentaculares y articuladas, en cuyos dedos había ventosas de succión!

Un instante después, el «transmutable» desaparecía, dejando solo a un tembloroso Iran Drano, cuya mente se había convertido en un caos.

Se dijo que todo aquello debía de ser un sueño, una pesadilla o extraña quimera. También se dijo que todo debió de empezar en el momento en que el Profesor Blank le adormeció, mirándole fijamente a los ojos.

¡Estaba hipnotizado!

Así pues, todo era irreal, falso, no existía. ¡Y lamentó que R'xa no fuese más que el fruto de su sueño!

Entonces se pellizcó, se miró las manos, se tentó el cuerpo y la sutilidad de la gasa que le cubría.

—¡No! Me pellizco y me resiento. Vivo, pienso... ¡Todo es real!

Al tentarse la cabeza, sus dedos tropezaron con los alambres que creía tener incrustados en el cerebro.

Chilló.

¡Y se los arrancó de un tirón!

Luego cayó de rodillas al suelo, en donde quedó tembloroso y sollozando. No podía apartar de su mente la transformación que había visto realizarse en la figura «transmutable» del doméstico azul.

Sintió un fuerte dolor de cabeza. Miró los alambres dorados que se había quitado del cráneo y percibió en ellos como una pequeñísima ventosa, con una aguja en el centro. ¿Para qué le habían puesto aquello en la cabeza?

En el mismo instante, R'xa, con su cuerpo de mujer terrestre apareció en la entrada. ¡La entrada no existía, pues detrás del biombo, como pudo comprobar, no había oquedad alguna!

—¿Qué has hecho? — le preguntó R'xa —. ¿Por qué te has quitado las antenas?

—¡El doméstico…! No me obedeció… Se transformó en un horrible monstruo… ¡Siento un angustioso pánico! ¡No sé si vivo o estoy muerto!

—¿Qué dices que ha hecho el doméstico?… ¡Imposible!

R'xa avanzó a grandes pasos hacia una de las extrañas máquinas que había en la estancia. Manejó distintos diales, pulsó varios botones y luego examinó los circuitos por su parte posterior. Al mirar a Iran, minutos después, una expresión de estupor invadía su semblante.

—¿Qué ocurre? —, preguntó Iran en suspenso.

—¡Algo inaudito! ¡Ese «Igar» se ha emancipado de mi tutela… es un incontrolado!

—¿Y qué significa eso? ¿Ya no obedece?

—¡Algo infinitamente peor! — respondió R'xa, dirigiéndose hacia la puerta—biombo. Antes de ocultarse, para desaparecer, se volvió a Iran y le dijo —: No te muevas de aquí. No hagas nada. No toques nada… ¡Espérame, volveré!

Luego, desapareció.

Iran estaba más asombrado que antes. Le dolía horriblemente la cabeza. Casi le era imposible razonar. Sin embargo, creía comprender que algo malo estaba sucediendo, y, posiblemente, él era el culpable.

—¡Pero yo no pertenezco a este mundo extraño! ¡Yo me he despertado aquí, suponiendo que esto sea cierto y que la muerte no sea un despertar en otro mundo distinto a La Tierra!

Iran Drano paseó a grandes zancadas arriba y abajo de la estancia. Sorteó la mesa donde yacía al despertarse, y que no era más que una especie de colchón de espuma suspendido en el aire, sin sujeción alguna al suelo ni al techo.

También esquivó la mesa preparada por el «Igar» «Mono Azul», en la que se veían los restos de la comida. el vaso del agua, el pan y la fruta.

¿Cuántos años hacía que no probaba bocado? ¿Diez mil años, como le dijo R'xa? ¿Asimilaría ahora su estómago los alimentos?

Luego, sin sucesión de continuidad, se dedicó a pensar en la extraña actitud de la misteriosa mujer llamada R'xa. ¿Cuál era su nombre completo?

Lo recordó casi al instante: Ralthemdongexa. Y esto le dejó algo confuso. ¿De qué poseía él una memoria tan asombrosa? En su existencia anterior, antes de conocer al Profesor Blank, fue siempre un desmemoriado, un ser anodino... ¡Y ahora creía estar contemplándolo desde fuera de sí mismo!

¿Acaso no era el mismo?

—No, ¡claro que soy yo! Recuerdo a tío Perrin, al «maître» inglés del Mussdek Hotel, de Ankara... ¡Melva está todavía vivida en mi mente! ¡Soy yo, Iran Drano El Habib, sin duda!

« ¡Pero algo se ha transformado en mí! ¡He debido de evolucionar o estoy evolucionando!

No pudo proseguir con sus disquisiciones. Al mirar hacia el biombo—puerta, en uno de sus paseos, vio un punto luminoso, blanco, vivísimo.

En su mente se produjo como un choque. Sintió que le flaqueaban las piernas y empezó a caer. El final de su caída fue un tremendo golpe contra el suelo.

Perdió el sentido.

El punto luminoso desapareció. En su lugar aparecieron dos monstruos «m'pranianos» que, sin decir palabra, se acercaron a Iran, flotando a escasos centímetros del suelo y agitando en el vacío sus cortas extremidades.

No eran exactamente iguales a los «seres—cerebro» que componían la comunidad de aquel mundo. Eran, eso sí, iguales a la figura que Iran viese poco antes de la desaparición del «Igar Mono Azul».

¡Y eran dos sirvientes de las «Amas», que cumplían una orden formulada por alguien que había hallado el modo de eludir la eterna sumisión a que estaba condenado!

Los «Igars» de «M'pran—1» habían roto las cadenas de la

esclavitud! Lo que ocurriera a partir de entonces era imprevisible.

Y, para Iran Drano, podría ser espantoso.

CAPÍTULO IV

Al recobrar el conocimiento, Iran Drano rio ante sus narices un techo metálico. A su espalda tenía otro, sobre el que descansaba tendido en posición decúbito supino.

Le extrañó ver el techo tan bajo… ¡Tanto que le era imposible levantarse! Apenas si podía ladearse.

Y, al hacerlo hacia su derecha, vio un cuerpo de mujer a su lado. A continuación de ella había otro muro, cerrándole la salida.

Reconoció a R'xa, pero no se asombró.

¡Su asombro estaba dedicado al acontecimiento espantoso de estar metido, junto con R'xa, en una caja metálica!

¡Le habían enterrado! ¿Y qué hacía allí!

Extendió la mano y tocó el aterciopelado brazo de R'xa. Lo sintió cálido. Incluso pudo, haciendo un esfuerzo, llevar la mano hasta el rostro de ella. Y sintió el suave aliento que surgía de su nariz.

R'xa vivía. Él vivía. Y, pese a esto, estaban confinados en un ataúd doble, de metal azulado.

—¡Demonios! ¿Qué significa esto?… Es evidente que este reducido encierro debe de tener algo por donde respirar. ¡Aquí hay aire puro!

Le pareció que cerca de sus pies existía algo así como invisibles ranuras, porque captó la mayor frescura.

Luego se dedicó a pensar en su situación. ¿Quién le había metido allí en compañía de R'xa? ¿Por qué? Estuvo devanándose los sesos durante largo tiempo, sin comprender nada. Su mente se negaba a admitir todo cuanto le estaba sucediendo.

¡No podía ser un sueño, porque R'xa estaba a su lado! Esto, en cierto modo, le tranquilizó. Ella no era una mujer corriente. Poseía extensos conocimientos; pertenecía a otro mundo, a otra raza… ¡Y dijo que podía modificar su metabolismo!

—R’xa — murmuró, volviendo el rostro hacia ella.

Vio su maravilloso perfil, su figura. Y se extrañó de que hubiese claridad allí dentro. ¿Cómo era posible, en tan reducido espacio, en tan angosto ataúd? ¿De dónde procedía aquella luz?

Terminó por decirse que la claridad no venía de ninguna parte y de todos sitios al mismo tiempo. Era como si el metal azulado fuera transparente u opaco.

El caso era que veía a R’xa.

Se contorsionó y logró acercarse a ella. La zarandeó, le movió la cabeza.

—¡R’xa! — gritó — ¡Despierta, por Dios!

Ella continuó sin moverse. La desesperación empezó a hacer mella en Iran, a quien de nuevo asaltaron los más funestos presentimientos. Imaginó que le habían metido allí para que muriese.

—Empiezo a creer que ha sucedido algo grave y los domésticos tienen algo que ver con esto… ¡«Mono Azul» era un monstruo espantoso!

Así continuó meditando sobre las últimas impresiones, hasta que, de pronto, R’xa emitió un gemido.

Iran se volvió a mirarla. La vio volverse y parpadear.

—¡R’xa, preciosa! — exclamó, anhelante—. Vuelve en ti y dime algo.

Ella intentó llevarse la mano al rostro. Tropezó con el techo y un grito ahogado se escapó de su garganta. Entonces se volvió a mirar a Iran.

—¿Tú, aquí? ¿Dónde estamos?

—Eso quisiera saber yo. Hace poco me he recobrado, aparentemente ileso, y me encuentro en este lugar en el que no puedo moverme.

—¡Los «transmutables»! — exclamó R’xa —. ¡Lo han conseguido! Pero… ¿cómo? ¿De qué modo? ¿Qué error hemos cometido?

—Los sirvientes, ¿verdad? — preguntó Iran.

—¿Y qué hago yo aquí, con este cuerpo terrícola?— continuó ella, mirándose las manos con dificultad—. Éste no es mi cuerpo.

—¿Quieres explicarte de una vez? — suplicó Iran.

—¿Qué quieres que te explique si no sé nada?

—¿Qué viste en aquella máquina? ¿Por qué me habló «Mono

Azul» de aquel modo? ¿Por qué se fue? ¿Por qué estamos aquí encerrados?

—¡Basta! No me hagas más preguntas... ¡No sé qué me ocurre! No capto las ideas de mis semejantes. ¡Estoy aislada! Con este cerebro que me facilitó la doctora Gada no siento nada. Sólo te oigo y te comprendo... ¡Qué horrible sensación de vacío me envuelve!

—Yo estaba en aquel lugar — explicó Iran —, cuando, de pronto, vi un punto luminoso y creo que entonces caí sin conocimiento.

Esto hizo reflexionar a R'xa. Miró a su compañero y murmuró:

—Empiezo a recordar. Fue cuando salí y te dejé en mi laboratorio... Sí, ahora recuerdo. Eran cuatro extraños seres, algo parecido a nosotras, ¡pero de sexo varonil! Surgieron del suelo. Se formaron allí, ante mí.

»Uno me apuntó con algo. Oí un chasquido y me derrumbé... Eso es todo.

—O sea que nos han matado. Nos han insensibilizado y encerrado en esta especie de caja. ¿Cómo vamos a salir de aquí? ¡Nos moriremos!

—Calla, déjame pensar, aunque sea con este pobre cerebro semejante al tuyo... ¡No tengo poder telesensorial! ¡Los influjos magnéticos has desaparecido y no veo más allá de este techo! ¿Qué angustiosa sensación!— R'xa se detuvo y miró a Iran a los ojos—: ¿Soy igual que tú?

—¿Qué quieres decir?

—¡Que si mi cuerpo es igual que el tuyo!

—¡Pues claro que sí!

—¡Oh, cielos! Estamos indefensos. No puedo hacer nada por ti, ni tú por mí, Iran Drano... ¡Estamos a merced de los «transmutadles». Ahora lo sé. Se han sublevado contra nosotras... Han descubierto algún modo a librarse de nuestra influencia, tal vez extirpándose el circuito de la obediencia... ¡Ese fue nuestro error! Los hicimos demasiado perfectos.

—Entonces, los sirvientes se han amotinado, ¿no es así? ¿Y qué han podido hacer?

—Lo ignoro. No es fácil acabar con mis congéneres. Hay que tener presente que nuestro cerebro es casi perfecto. Lo podemos todo, lo hacemos todo... ¡Y no entiendo cómo los «transmutables» han podido pillamos desprevenidas! Cualquier acción o pensamiento

malévolo debía despertar nuestro sentido de alerta… Aunque… —R’xa se detuvo, pensando—. Quizá yo tuve la culpa.

—¿Tú?

—Sí. Es una hipótesis. Pero puede ser factible. Escucha. Nosotras controlamos la factoría de «transmutables». Si alguno de éstos piensa rebelarse, cualquiera de nosotras se habría dado cuenta.

»Yo, naturalmente, no pude, por haberme transformado en lo que tú estás viendo. Una mujer semejante a ti. Yo no puedo pensar con capacidad de «m’praniana», pues la doctora Gada efectuó en mí una reproducción en mujer de lo que tú eres como hombre. ¿Lo entiendes?

—Con sinceridad, no.

R’xa hizo un mohín de impaciencia.

—Sí, Iran. Yo soy ahora una mujer de Attek, ni más ni menos. Incluso me ha sido reducida la capacidad mental Es como si no hubieses estado solo y tuvieses una compañera contigo.

—¡Pero tú no eres de mi raza!

—Ahora es como si lo fuese. Te advierto que la doctora Gada está versada en metabolismos extraños. Para ti y para todos, soy una mujer limitada en muchos conceptos, como lo eres tú.

—¿Y no puedes recobrar tu primitiva naturaleza?

—En otras condiciones, hubiese podido. Ahora no. El doméstico que te atendió destruyó algo del transmutador de especies que yo tenía en el laboratorio.

»Lo descubrí cuando quise recobrar mi forma natural y me fue imposible hacerlo. ¡Aquél debió de ser el fallo!

Iran fue a decir algo. ¡Pero se encontró con que le faltó la voz! ¡Se le apagó el cerebro, quedó mudo, inerte…!

Y lo mismo sucedió a R’xa.

Un instante después, ambas figuras se desvanecían, desapareciendo del ataúd metálico en donde estaban inmovilizados. El lugar quedó por completo vacío.

* * *

Iran Drano se encontró, casi inmediatamente, en el centro de una enorme sala, semioscura.

¡Se materializó allí, brotó de la nada, como por arte de magia, y

no sintió ninguna sensación dolorosa!

A su lado brotó también del aire la figura escultural de R'xa.

Al mismo tiempo, ante ellos, avanzando de las difusas sombras del lugar, apareció una figura que causó un fuerte impacto en la sensibilidad de Iran. ¡Aquello era un monstruo deforme, horrible y fantástico!

Ya lo había visto anteriormente, cuando «Mono Azul» se esfumó de la estancia donde volvió a la vida.

Iran no oyó el menor sonido, pero en su cerebro se reprodujeron estas impresiones sensoriales:

—Hola, Iran Drano... Hola, R'xa. ¿No me conocéis?

—Sí, te conozco — respondió R'xa, con odio en la voz.

Sus palabras sonaban de un modo lúgubre en aquella inmensa cavidad oscura, en cuyos extremos, al mirar en torno, creyó captar Iran un ligero y confuso movimiento, como si en las sombras hubiese seres ocultos.

En el centro, donde estaban ellos, había una indistinta claridad, gracias a la cual podían verse los tres protagonistas de aquel absurdo encuentro.

—Es natural. Yo estuve a tu servicio, R'xa. Ahora, las cosas han cambiado... ¡Nosotros somos los «Amos»!

—¿Por qué?

—Porque ya estábamos hartos de serviros, R'xa.

—¡Nosotras os hicimos «transmutables»! ¡No tenéis voluntad!

—Te equivocas, R'xa — respondió mentalmente aquella especie de monstruo que tanto sobrecogía a Iran—. Tenemos voluntad. Lo único que nos mantenía dóciles y sumisos era el circuito «kran». En cuanto encontramos el modo de libramos de él, era lógico que quisiéramos la libertad.

—¡Qué concepto más absurdo! ¿Para qué queréis la libertad?

—Para hacer uso de ella.

—¿En qué sentido?

—Siendo libres, podemos hacer lo que se nos antoje. Y lo primero que hemos hecho ha sido libramos de vosotras.

—¿Qué habéis hecho?

—Gran parte de las «Amas» han muerto... ¡desintegradas! Las otras, al darse cuenta del peligró, han huido hacia la Luz, allí donde creen que no podremos alcanzarlas. ¡Pero nuestras armas las

mantienen alejadas!

—¿Y qué piensas hacer con nosotros, «Igar»?

—¡Soy el «Gran Igar», y no el «Mono Azul», como me llamó ese extranjero!

—No has contestado a mi pregunta.

Una especie de vibración sarcástica llegó hasta Iran y R'xa, procedente del ser—máquina que tenían delante.

—Me haces reír. Ya sabes que utilicé el transmutador que te permitía convertirte en terrícola, para complacer a tu cobayo, o en «m'praniana» según tu deseo. Y lo inutilicé cuando estabas en la forma actual. Fue una jugarreta, ¿verdad? ¡Ahora no hay nada capaz de devolverte el poder que poseías! ¡Eres un ser primitivo, lleno de taras y defectos! He reducido tu mente, tu cerebro, tu cuerpo y tu ser… ¡Ha sido una idea genial!

»Te he dejado más indefensa que un simple gusano.

—¡Eres abominable, siervo!

El «igar» debió de ofenderse ante la réplica de R'xa. Iran sintió una sacudida mental muy dolorosa, antes de captar las ideas del otro.

—¡Calla, insensata! No eres nadie. Sólo te queda la soberbia de lo que fuiste. Después de todo, ese cuerpo, esa capacidad y todo lo que eres ahora te lo debes a ti misma. Quisiste ser como el terrícola, ¡pues ya lo eres! ¡Y así te quedarás, hasta tu muerte, pues no debes olvidar que ese metabolismo tiene los días contados! ¡Para vosotros sí que existe el tiempo!

Iran vio cómo R'xa se estremecía. La vio abatir la cabeza y quedarse muda. Y también vio al «igar» agitarse, acercándose, con síntomas de estar satisfecho.

Creyó adivinar que les estaban sentenciando a algo malo.

—Sí, R'xa. En «M'pran—1» somos nosotros los que gobernamos ahora. Ocuparemos vuestros laboratorios. Utilizaremos vuestros conocimientos e implantaremos una forma de gobierno que no es nueva, pero sí eficaz… ¡Nadie podrá actuar, obrar o expresarse sin mi consentimiento! Yo controlaré la máquina generatriz de energía que nos mueve y nos da vida… ¡Y cuando alguien intente rebelarse contra mí, caerá fulminado por mi poder omnímodo!

Algo así como una carcajada bestial sacudió a Iran Drano, haciéndole temblar de pies a cabeza. No había escuchado nada,

excepto las ideas teletransmitidas del horrible pulpo picudo que tenían delante. Pero se dijo que su situación estaba empeorando por momentos. Lo intuyó, estaba seguro.

¡Y también supo que su sentencia de muerte se acercaba!

No se equivocó.

El «transmutable» continuó emitiendo sus ideas.

—Os he podido matar. Sólo un deseo, y vuestras vidas habrían dejado de existir. Pero mi deseo es que viváis. Sois seres curiosos exteriormente... Os encuentro tan imperfectos que me dais lástima.

«Según mi pobre saber, vuestros antepasados debieron de ser así. Fuertes piernas, para poder andar, y fuertes brazos, para trabajar. Ya es un buen castigo dejaros como estáis. Dentro de algún tiempo, envejeceréis y seréis inútiles para todo... Os consumiréis lentamente, despacio, hasta morir. Y nadie os matará. ¡Lo hará el tiempo! ¡Ese tiempo que vosotras ya habíais olvidado!

El «Gran Igar», como se llamó a sí mismo, giró en el aire, para dar una orden a las huestes que mantenía ocultas en la sombra.

Iran vio cómo se acercaban centenares de cuerpos flotantes, seres máquinas como la que tenía delante, de forma horrible, muchos ojos, extremidades cortas y enorme cerebro, hasta formar un cerco en tomo a ellos.

—¡Lleváoslos! — debió decir el «Gran Igar», aquel monstruo de presunción y rebeldía, para luego volverse desdeñosamente.

Más de cien «transmutables» envolvieron a la pareja. Un extraño magnetismo hizo que tanto R’xa como Iran se volvieran e iniciasen la marcha, de un modo mecánico, como sugestionados por el número de sus captores.

En compacto grupo, rodeados de los siervos rebeldes, los cuales llevaban todos una especie de tubo brillante en la mano derecha, con el que apuntaban a la pareja, avanzaron hacia la oscuridad que reinaba en los extremos.

Iran miró a R’xa y, al ver su abatimiento, se creyó en el deber de consolarla, diciéndole:

—No temas, R’xa. En la Tierra, los hombres vivíamos siempre con la tragedia y la desgracia aleteando sobre nosotros. Morir era allí tan fácil como vivir. Además, por muy apurada que sea una situación, siempre hay un modo de salir de ella. El caso es encontrarlo.

—Te conozco, Iran. Y pese a ello, para mí sigues siendo un

enigma. ¿Qué pretendes insinuar con tus palabras?

—Pretendo darte ánimos. Tengo la impresión que eres novata en ese papel de mujer de carne y hueso. Recuerdo que una vez. navegando en la motonave «Líbano», por el mar del Japón, nos sorprendió un maremoto...

—No sigas, Iran. Conozco tu vida.

—¡En aquella ocasión me salvé por puro milagro!

—Te salvaste porque tu destino era ése. Ahora es diferente.

—¿Y cómo sabes tú que nuestro destino es perecer? ¿Porque lo ha dicho ese pulpo sin orejas? ¡No seré yo quien sucumba sin demostrar que soy terrestre y que no estoy dispuesto a morir sin luchar!

Al mismo tiempo, Iran lanzó el puño contra el «igar» que tenía más cerca. Sólo consiguió sentir un calambre que le repercutió en el cerebro como un martillazo.

¡Tuvo la sensación de haber golpeado un bloque de cemento!

Y el «agredido» no se inmutó siquiera, sino que continuó su marcha flotante formando con sus compañeros un cerco metálico en torno a los dos cautivos.

Sin embargo, no les llevaron muy lejos.

Cuando la oscuridad era más densa, el compacto grupo obligó a detenerse a los guardianes. R'xa y su compañero se detuvieron también.

Al instante, algo así como una puerta levadiza empezó a alzarse, dejando ver primero un tenue rayo de luz por su parte inferior. Luego, a medida que la puerta se levantaba, la luminosidad se hizo más intensa.

Iran pudo ver entonces ante él una especie de galería semicircular, como de cuarzo transparente, que se extendía a lo lejos.

Cuando la puerta estuvo completamente abierta, avanzaron de nuevo durante un rato por aquel túnel.

—¿Qué es esto? — preguntó Iran, sorprendido.

—Es una de las galerías que conducen a la factoría de «transmutables». Está en el subsuelo de «M'pran—1». Ahora vamos hacia el exterior.

—¿Y es muy largo este pasadizo?

—Lo ignoro. Jamás lo he recorrido. Antes me bastaba un esfuerzo de deseo para que cualquiera de los que estaban aquí viniese hasta

mí. Ahora, con este cuerpo intransmutable, me es preciso caminar, como tú, valiéndome de las piernas. Ellos no tienen necesidad de venir con nosotros, pero llevan nuestro paso para vigilarnos.

—Entonces, ¿nos conducen al exterior?

—No lo creo. Saben que la atmósfera de «M' pran—1» no es adecuada a nuestros organismos. Quizá nos dejen en algún lugar con atmósfera artificial, como la caja metálica en la que nos tenían antes.

R'xa se equivocó por completo. Ya no era el «ser—cerebro» de antes, infalible y de poderosa intuición. Ahora, el más estúpido de los «igars» que les custodiaban era más inteligente que ella.

Sí, el «Gran Igar» había decidido llevarles al exterior y dejarles allí, a su suerte, aunque bajo custodia, para estudiar sus movimientos. De pronto, un siervo surgió con algo que hizo sonreír a Iran Drano

—¡Pero si son escafandras de aire! — exclamó.

En efecto, el «igar» traía dos cascos de cierre hermético y dos equipos de aire. Les estaba aguardando en mitad del pasadizo iluminado. Allí, su mente emitió el telepensamiento siguiente:

—El «Gran Igar» me ha ordenado facilitaros esto. Es aire para respirar, y en él va mezclado, a presión, el alimento que vuestros extraños cuerpos puedan necesitar. No os hace ningún favor, supongo. Sólo os permite vivir más tiempo, pues la atmósfera exterior es dañina para vuestro organismo. ¡Ponéoslo en la cabeza! Yo os los ajustaré.

R'xa no dijo nada.

En cambio. Iran, comentó en voz alta:

—Esto me recuerda a los cascos de los cosmonautas de la Tierra. ¡Sí, monstruo marino, dámelo y me lo colocaré! Ahora siento un gran interés por vivir. Sospecho que una hermosa dama necesita de mi escasa ayuda, que puede llegar a ser mucha si Dios me apoya.

El «igar» no debió entenderle. Se limitó a colocar los cascos sobre las cabezas de Iran y R'xa y luego colocó las pequeñas botellas de aire—alimento a la espalda de ambos, sujetas por dos horquillas sobre los hombros.

—¡Ya podéis marcharos! ¡Permaneceréis errantes por el resto de vuestras vidas!

Estas palabras llegaron hasta las mentes de la pareja procedentes

de otro lugar. ¡Y las había pronunciado el «Gran Igar»!

CAPÍTULO V

«M'pran—1», según pudo comprobar Iran, era un extraño y dilatado mundo. Su suelo era gris, liso como la palma de la mano, y en él no existía ninguna ciudad.

A largos trechos se veían unos grandes rectángulos de algo parecido al cristal o al cuarzo. No se podía ver a través de ellos, pero R'xa le dijo:

—Estas ventanas, por llamarlas así, corresponden a nuestras viviendas.

—¿Ahí dentro vivís?

—En realidad, se llama laboratorio. Ahí es donde trabajamos.

—¿Y por dónde entráis? No veo ninguna puerta.

—No necesitábamos puertas. Nos «filtrábamos» en su interior. Estas viviendas cubren todo el planeta y tenemos dos de ellas cada una de nosotras.

—¿Por qué dos?

—«M'pran—1» tiene dos hemisferios. Uno está iluminado durante una época y el otro durante otra. Cuando sobre este hemisferio viene la Gran Oscuridad, nos trasudamos a las otras viviendas.

—Ya comprendo — respondió Iran, añadiendo—: Y ahora que no puedes «filtrarte», ¿cómo entrarás en estas casas?

—No puedo entrar.

—¿Y te interesaría hacerlo?

—Tal vez.

—Entonces, yo te ayudaré. Necesito una piedra y el paso quedará abierto.

—¡Oh, ya te entiendo. Iran! — sonrió ella dentro de su casco escafandra —. Eso, aquí, no lo conseguirás. En primero lugar, los «igars» controlan nuestros cerebros y cualquier cosa que pensemos lo sabrán en el acto.

—¿Y cómo pueden hacerlo? ¿No son máquinas?

—Sí. En realidad, hay una máquina generadora de energía magnética que alimenta a todos los «igars». Es como, si a través de la atmósfera, por invisibles conductos, llegase hasta sus órganos motores individuales ese influjo vital que les hace vivir y ser «transmutares».

—¿Por qué poseen esta característica?

—El sirviente máquina primitivo no era perfecto Era un instrumento torpe, obtuso y desmañado. Fue preciso perfeccionar su estructura orgánica, darle semejanza a nosotras. En realidad, hicimos unos seres que sólo necesitaban tener voluntad propia.

—¡Pues ahora parecen tenerla!

—No, Iran. Te equivocas. Siguen sin tenerla… ¡Esa voluntad que les ha llevado a rebelarse contra nosotras sólo la posee uno, y eso es lo que me preocupa! ¿Quién es ese «Gran Igar» que ha podido evadirse del circuito de obediencia?

—Empiezo a comprender — dijo Iran—. En la Tierra no éramos los hombres lo que se dice unos angelitos… ¡Ni las mujeres tampoco, sin duda! Con harta y dolorosa frecuencia nos liábamos a tires, pedradas o puñetazos con nuestros semejantes, por el simple deseo de ser más fuerte, más hábil o más bruto. Las crónicas de sucesos estaban llenas de violencias, muertes, robos, asesinatos y raptos.

»Esto era lo que podíamos decir guerras individuales, entre hombres solos y por cuenta propia. Pero, de vez en cuando, los países se declaraban la guerra y entonces peleaban muchos contra muchos… Bueno, con esto quiero decirte que los hombres no éramos muy inteligentes, pero sabíamos luchar y defendernos.

—¿Quieres dar a entender que estás dispuesto a luchar contra esos rebeldes?

—Sí, claro que sí. Tú me orientas y yo lucharé.

—¡No seas ridículo! ¿Ignoras que todo cuanto me dices está siendo escuchado por el jefe rebelde?

—Sí, lo sé. Y me importa un pepino que me esté escuchando. Atiende, R’xa. Te he contado eso de las guerras y las luchas, porque, a, veces, sucedía que no vencían les más fuertes, sino los más astutos.

»Yo pertenezco a una raza de seres astutos. La naturaleza de la Tierra era áspera, ruda y a veces cruel. Nosotros aprendimos, a

través de muchas generaciones, a ser tan ásperos, rudos y crueles como la misma naturaleza.

»Y ahora, fíjate en estos gestos que voy a hacerte.

Con rápidos y ágiles movimientos de sus manos y dedos, Iran trazó una serie de signos que a R'xa le parecieron cabalísticos.

—¿Qué significa eso?

—¿No leíste en mi cerebro el nombre de Bill?

—Sí, un sordomudo que trabajaba contigo en la motonave «Líbano».

—¡Exactamente! Yo me entendía perfectamente con Bill por medio de señas.

—Te comprendo. Pero no servirá para nada. Ellos no podrán ver tus gestos, pero captarán tus ideas. Es inútil intentar nada para engañarlos.

Iran sonrió.

—El talento está para algo. Me has dicho que son máquinas y que tienen el poder de leer nuestros pensamientos. Bien, ¡No pensemos en nada!

—Eso no puede ser. Para obrar o ejecutar una acción hay que pensarla primero.

—Sí, naturalmente — admitió Iran—. Pero me gustaría saber cómo van a poder controlar la mente de un loco. Si empiezo a hacer locuras, quien lea mis pensamientos puede que termine como yo.

R'xa sacudió la cabeza negativamente.

—Parta del principio de que todo cuanto estamos hablando ahora es captado por ese «igar». Y con eso está dicho todo.

—¿Estás segura?

—Ségurísima.

—Demuéstramelo.

—Sólo hay un modo. Retar a «igar» a que nos dirija su pensamiento.

— Bien, yo le reto... ¡Háblame, monstruo!

Iran se volvió a los cuatro puntos cardinales, girando sobre sí mismo y repitiendo sus palabras. No ocurrió nada. Nadie le contestó.

—¿Has sentido algo en tu mente, R'xa?

—Nada. No le interesamos. Pero te diré algo que tú ignoras. Hay una cosa que nos libraría del control de ese engendro.

—¿Cuál es?

—Si nos dirigimos a la zona oscura de «M'pran—1», allí le será imposible controlar nuestras mentes.

—¡Eso es interesante!

En aquel mismo instante, tanto R'xa como Iran sintieron perfectamente como una fuerte jaqueca. Y un influjo mental llegó hasta ellos, diciéndoles:

—¡No lo intentéis o caeréis fulminados por mi cólera!

Iran aprovechó la oportunidad.

—¡Tenemos derecho a defendernos!

—Sólo tenéis derecho a vagar sobre «M'pran—1» hasta que se extinga vuestra vida. ¡Y no me enojéis! Sois mis dos únicos esclavos. Quiero ver cómo viven morir, prefiero hacerlo peleando?

—¡Yo lucharé! ¿No comprendes que, si he de morir, prefiero más hacerlo peleando?

—No comprendo eso. Dad gracias a que he sido benévolo con vosotros. Las «Amas» han muerto o huido... Vosotros no podéis huir, pese a lo que hagáis... ¡Y he dicho! Seguid vuestro camino.

Iran y R'xa se miraron.

—Le haremos caso, ¿verdad, R'xa? — Al decir esto, Iran efectuaba una serie de gestos rápidos, como indicando algo que ella no podía comprender—.Y será mejor sentarse aquí y esperar a que nos llegue el momento de morir.

Pero, mientras decía esto, Iran tomaba a R'xa de la mano y la arrastraba, alejándose de allí.

—Te contaré la vida de los huéspedes del Mussdek Hotel, de Ankara... Tú escucha y no pienses. Verás que interesante historia.

Y el terrícola empezó a explicar a R'xa una serie de deshilvanadas mentiras, confusas, enredadas, sin ilación ni orden. ¡Pero ni un momento dejó de caminar todo lo aprisa que le permitían sus pies!

Y ella le escuchaba, sin querer pensar en lo qué se proponía su compañero.

La historia de los huéspedes del Mussdek Hotel duró un tiempo infinitamente largo.

* * *

Vieron miles de rectángulos de cuarzo, debajo de los que Iran sabía ya que se encontraban las viviendas laboratorio de las «Amas»

desaparecidas.

Allí bajo se encontraban las máquinas paradas. No se estudiaba, ni se creaba nada. Todo estaba vacío.

Pasaban sobre los techos de cuarzo sin detenerse, caminando aprisa, alejándose de no sabían qué, y pretendiendo llegar a no sabían dónde.

¡Era preciso no pensar en nada!

Iran había repetido ya mil veces las excentricidades del obeso viajante, un tipo que vendía alfombras de cristal, y que tenía un ojo del mismo material. Explicó quién era *Herr* Lorrain, un alemán con apellido francés, cosmopolita, bebedor y jugador.

Hizo todo cuanto pudo por mantener su mente en constante divagación, en charla continua.

¡Pero no le sirvió de mucho!

Después de un período de tiempo que podía ser equiparado a doce días terrestres… ¡Y doce días sin dejar da hablar es suficiente para aniquilar al más consumado de los charlatanes!… Iran no pudo ya más.

Cayó sin conocimiento.

Pero no estaba solo. R'xa, fuerte como un hombre, incansable porque en ella había algo más de lo que la doctora Gada había puesto en su organismo, levantó al inconsciente, sin pensar en nada, vacía la mente, se lo echó al hombro y continuó caminando.

¡Ahora sí que conocía el propósito de Iran!

¡Era preciso llegar, fuese como fuese, hasta la divisoria de la Luz y la Oscuridad! ¡Era preciso escapar al influjo de control de «igar» y luego!

Pero no lo pensaba… ¡R'xa no quería pensar en sus propósitos y efectuaba cálculos matemáticos de memoria!

De nada les sirvió el esfuerzo.

Cuando, al fin, R'xa vio a lo lejos la oscura atmósfera de la parte de «M'pran—1» no iluminada, de nuevo surgió en su mente el mensaje telepático del Gran Igar:

—Basta, R'xa. Os he dejado que lleguéis hasta ahí para demostraros vuestra necedad. Ni me engañó la larga historia del Mussdek Hotel, de eso imbécil, ni tus cálculos matemáticos… ¡Quizá podréis evadiros de mi control mental, pero os estoy viendo!

R'xa, con desmayo, se dejó caer al suelo.

Entonces vio que Iran tenía los ojos abiertos y le miraba a través del vidrio transparente de la escafandra.

En su desánimo, sólo tuvieron un gesto: darse la mano.

—¡No podréis cruzar la divisoria!—continuó diciéndoles aquella odiosa voz en sus mentes —. Tengo allí a mis siervos, provistos de rayos paralizantes, que vigilan el improbable regreso de las «Amas» que se refugiaron en la oscuridad... Nadie puede cruzar la divisoria en ningún sentido. ¡Hay una barrera antimagnética que impide el paso! ¡Las «Amas» evadidas no pueden cruzar esa barrera, ni transmutarse a través de ella!

—¿Cómo es posible eso?

—No tengo por qué darte explicaciones. ¡Seguid vagando!

Iran Drano El Habib había sido un parásito en su existencia anterior, en la Tierra. Fue un inútil, poco más o menos.

Ahora, al recobrar el sentido y ver a la escultural figura que estaba sentada a su lado, escuchando al mismo tiempo las ideas que le enviaba el «igar» rebelde, tuvo consciencia de que su destino había cambiado.

—¡Déjale, R'xa! — dijo —. He comprendido la verdad... !Ha sido como un sueño!

—¿Un sueño? ¿Qué es eso?

—Un sueño — replicó Iran como si estuviese iluminado— es algo que nadie puede controlar. Se forma en el subconsciente, escapa a la razón y a veces no se recuerda, ¡pero se sabe que existe!

—¿Y qué sueño es ése? ¡Explícate!—pidió R'xa.

Iran se levantó y caminó hacia mío de los rectángulos de cuarzo que, a trechos se veían en el suelo. Al llegar sobre uno, sin decir nada, obrando como un autómata, se descolgó la botella de aire—alimento que llevaba a la espalda y desenroscó el tubo de fibra que terminaba en su casco.

R'xa le miraba de un modo extraño.

—¿Qué haces?

Él no respondió. Contenía el aliento para no contaminar sus pulmones con la nefasta atmósfera exterior. Levantó la pesada botella metálica y golpeó el techo de cuarzo.

Se escuchó un crujido y apareció un boquete. Sin perder un momento, Iran golpeó repetidas veces hasta practicar un agujero lo suficiente grande para permitir el paso de una persona.

Entonces se volvió a colocar la botella de aire. Mientras volvía a enroscar el tubo, dijo:

—¡He soñado que esos rebeldes no pueden matamos, de lo contrario ya lo habrían hecho!

—¡Pero...!

—¡Entremos aquí, pronto!

* * *

Cayeron sobre una gruesa alfombra de espuma. ¡Y vieron, con asombro, que el agujero del techo se cerraba, solidificándose como si el cuarzo fuese una materia viviente!

Luego, escucharon una voz que surgía de algo enrejado que podía ser un altavoz.

—Muy bien, terrestre. Has actuado muy bien. Aquí estarás a salvo.

—¿Quién habla? — preguntó R'xa.

—Soy yo, amiga mía. ¿No reconoces a tu amiga Yang?

—¡Yang! ¿Dónde estás?

—En la zona oscura. Desa, Kire y la doctora Gada están conmigo. Logramos transmutarnos al intuir el peligro. Estábamos en la reunión de las diez... ¡Hemos sido nosotras las que hemos hecho soñar a Iran Drano, a fin de confundir a «Igar—1»!

—¿Qué ocurre, pues?

—Te lo explicaremos en breves palabras. No tenemos mucho tiempo. Ese maldito «igar» había sido fabricado defectuosamente. Fue un error. Se omitió en él la conexión del circuito «kran». Y él se dio cuenta.

—¡Ya comprendo! En realidad, habíamos hecho un «ser—cerebro» como nosotras.

—Exactamente. Él fue quien sublevó a los demás. Por lo visto, llevaba estudiando el plan desde hacía tiempo. Fingía ser obediente y sumiso; acataba nuestras órdenes y sus circuitos mentales no nos revelaron jamás la traición.

Cuando lo tuvo todo preparado, lanzó de improviso a los «igars» contra nosotras, y la sorpresa nos hizo perder a gran número de hermanas.

«Nosotras logramos reaccionar a tiempo y nos transmutamos a la

oscuridad. Otras huyeron hacia la Luz, para no ser alcanzadas. Pero ese canalla ha creado una barrera antimagnética que les protege y además tiene el control del generador de energía de los «igars».

—¿Cómo pudo llegar hasta él?

—Lo ignoramos. Vosotros, que estáis en ese sector, debéis hacer lo posible por detener la energía.

—¡Eso es imposible! — replicó R'xa.

Iran Drano puso gesto cómico; luego sonrió y dijo:

—Una terrícola como tú pareces ahora no diría eso.

—¿Por qué no? —preguntó R'xa.

—Porque no hay nada imposible.

Con un gesto despectivo, R'xa se volvió al enrejado del altavoz.

—¿No puede oír ese «igar» lo que estamos diciendo aquí?

—No, R'xa — respondió Yang—. Gada, Desa, Kire y las otras mantienen un influjo mental concentrado en donde estáis ahora para que el sonido sólo pueda entrar y salir a través de mi voz. Yo soy la única quo hablo vuestro lenguaje, porque lo aprendí de Iran, mientras él dormía, al mismo tiempo que lo hiciste tú. Es un buen truco.

»Ahora, «Igar—1», estará loco buscándoos, como si lo viera. Pero no es tonto. Ha formado una barrera que no podemos franquear. En cambio, vosotros dos estáis ahí y podéis...

—¡Si hacemos algo nos matará! — exclamó R'xa.

—Primero habrá de encontraros. ¿En qué tugar estáis?

Antes de responder, R'xa echó una ojeada en torno suyo. Las máquinas que vio en aquel laboratorio—vivienda le hicieron fruncir el ceño.

—¡Oh, esto es un «labo» de historia! Aquí debió de vivir Toke... Sí, claro; ahora lo recuerdo.

—Toke ha muerto. Fue atacada por sus sirvientes mientras estaba entregada al estudio.

—¿Y dónde han llevado su cuerpo? — preguntó R'xa.

—Al subsuelo, bajo la factoría... ¡Ese condenado «Igar—1» ha sepultado allí a dos millones de nuestras hermanas!

—¡Qué horrible!

—Sí, muy horrible. Por eso hemos de hacer todo lo que podamos para vengarlas. ¡«Igar—1» debe ser destruido, aniquilado!

—Lo haremos — manifestó Iran escuetamente.

—¿Cómo piensas hacerlo? — preguntó R'xa, volviéndose hacia él.

Iran se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero buscaré el modo de hacerlo.

—¡Esta no es tu lucha!

—Pero es la tuya, ¿no es así?

—Oye, R'xa. Las que estamos aquí te ayudaremos. Pero, escucha a la doctora Gada… Tiene algo muy importante que decirte.

R'xa clavó sus ojos de esmeralda en el enrejado del altavoz.

—¿De qué se trata?

Ahora, el altavoz no emitió palabras. Pero tanto R'xa como Iran captaron las ideas que la doctora Gada expuso con claridad:

—R'xa, es preciso que hagas algo cuanto antes Por nosotras y por ti misma. Corres un grave peli gro… ¡Mucho más grave del que te imaginas!

—¿Qué peligro es ése?

—Tu estado físico. Yo te hice un cuerpo semejante al de Iran. Pero no te expliqué la dificultad en que podrías encontrarte.

—¿Cual es?

—De seguir mucho tiempo con ese metabolismo puedes quedarte con él definitivamente. Existe una ley, llamada de asimilación celular, que puede oprimirte cuando menos lo esperes… En realidad, nosotras podemos retroceder en el proceso biológico, dado que nuestros antepasados, lógicamente, debieron de tener un período de aclimatación semejante al que tú posees ahora, ¡igual que el de los terrícolas!

»Pero tú no eres un ser primitivo… ¡Y estás en peligro do adaptarte! Si sucede esto, nadie podría volverte luego a tu estado real… ¡Te quedarás con ese cuerpo y morirás con él!

Iran Drano también escuchó aquella exposición de ideas y creyó comprender algo.

—¿Le falta a R'xa mucho para no poder recobrar su cuerpo real?

—No lo sé — contestó la doctora Gada—, Puede que ya sea demasiado tarde…

CAPÍTULO VI

Iran Drano El Habib estaba va un poco acostumbrado a no sorprenderse de nada. Le habían sucedido demasiadas cosas asombrosas en muy poco tiempo para detenerse a pensar en si eran ficticias o reales.

¿A él que más le daba?

Tenía la impresión de estar sumergido en un sueño. Creía que la hipnosis a que le sometió el profesor Blank, de Lüdcke, obraba en él de aquel modo extraño.

Y, por otro lado, fuese o no fuese todo real, se sentía a gusto junto a R'xa, igual que un vagabundo se hubiese sentido junto a una hermosa princesa.

Lo demás le tenía sin cuidado.

No le importaba morir. En realidad, ya estaba muerto cuando se le acabó el dinero robado en el Mussdek Hotel, y Melva Erzen le volvió la espalda.

De no haber sido por el Profesor Blank, que esperaba su cobayo junto al «Pretil de los Suicidas», Iran Drano no tendría ya ninguna inquietud.

Un extraño destino le había manejado a su antojo, llevándole al curioso y singular mundo en donde se encontraba ahora. Nada más. Ver a R'xa era para él una espléndida recompensa.

Después de las instrucciones recibidas a través del altavoz enrejado, ambos se quedaron pensativos, sentadas sobre aquella alfombra de espuma.

—¿Y bien? — preguntó R'xa.

Era evidente que la mujer no sentía una gran confianza en las posibilidades de su compañero, cuyos limitados recursos conocía. Pero estaba muy intranquila, porque ella se encontraba igual que él, ¡quizá más limitada aún, porque no se acostumbraba del todo a su

nuevo y extraño estado físico!

—Bien, ¿qué? — preguntó Iran Drano, a su vez.

—¿Qué hacemos?

—Ah, nada. ¿Qué podemos hacer?

—Si pudiera quitarme el casco, te besaría. Deseo experimentar lo que se siente.

—¡ Vamos, vamos, R’xa! Eres muy atrevida. Soy yo, si acaso, el que debe besarte a ti. Y tal vez lo haga. Pero éste no es momento adecuado.

—Ya has oído a la doctora Gada. Corro peligro de quedarme como estoy.

—¿Y cómo eras antes?

—Mucho más bella y perfecta.

—Explícame cómo eras. ¿Acaso parecida a un «igar»?

—Algo así.

—¿Y a eso llamas tú perfección?

—El proceso evolutivo de nuestra especie nos ha perfeccionado.

—¡Bobadas! Si tú eras como un «igar», y un «igar» parece un horrible pulpo, te prefiero como eres. ¿Por qué te hiciste así?

—Fue por consejo de Yang y la doctora Gada. Queríamos evitar que, cuando volvieras a la vida, sintieras repugnancia al verme.

—¡Y hubiese salido corriendo si te veo como dices que eras, R’xa! — contestó Iran, sinceramente, tomando la mano de ella y acariciándosela — Me gustas más así, palabra!

R’xa retiró instintivamente la mano. Fue un acto reflejo del que ella misma se extrañó.

—¿Qué te pasa? — preguntó él.

—No lo sé… Tal vez sea que empiezo a adaptarme a mi estado actual. ¡Oh, Iran, sería angustioso retroceder de tal modo, ser mortal como tú!

Él sonrió. Era torpe, pero de sus labios salieron palabra filosóficas de gran sabiduría.

—No concibo la inmortalidad… Saber que la existencia de uno no tiene fin ha de ser exasperante. Nosotros, en la Tierra, teníamos la ventaja de que, al morir, tras nuestro dejábamos descendientes, seres creados por nosotros, frutos del amor, que, aunque no fuese a veces puro, podía limpiar su pureza en el comportamiento.

»La vida en la Tierra tenía cosas malas, hechas por los hombres, y

cosas buenas, hechas por Dios. Hombres y mujeres se casaban, vivían juntos y de ellos salía la familia. ¿Puede haber algo más bello que una familia?

»No, tú no me comprendes. Sólo has estudiado mi mente, la mente de un parásito. Pero yo tengo corazón, y siento. Yo me hubiese casado con Melva Erzen y hubiese luchado con ahínco por hacerla feliz. Ahora sé que no merecía la pena, pero lo hubiese hecho.

»Mi vida se truncó al morir mis padres. Me dejaron solo y vagué por el mundo sin saber dónde iba ni lo que quería... ¡Bah! Tonterías, R'xa. ¿Para qué te explico todo esto?

—Sigue, por favor... ¡Todo eso no lo leí en tu cerebro!

—No, los sentimientos no puede leerlos nadie en el cerebro. Hay que buscarlos aquí dentro, en el pecho. Y aunque me abrieses el tórax y buscaras toda la vida, no encontrarías nada.

—¿Por qué?

—Porque los sentimientos no se controlan, como las ideas... No, R'xa. Los hombres de la Tierra eran unos seres primitivos, comparados con vosotras... ¡Y, sin embargo, tenían muchas cosas que vosotras no conocéis!

—Empiezo a comprenderte, Iran... Tengo la sensación de que no escaparé de esta trampa, donde yo misma me he metido.

Él no respondió. La miraba con ternura, embelesado... ¡Del mismo modo que un escultor romántico contemplaría a su más querida estatua!

Para Iran Drano, R'xa era como una estatua d« carne. ¡Y se estaba enamorando de ella!

* * *

«Igar—1», lo que venía a significar el Primer Transmutable, por decisión propia, estaba preocupado.

Se hallaba en un laboratorio trabajando sobre el cuerpo inmóvil de un «igar» que yacía sobre una mesa. Había retirado los aros metálicos que cubrían aquel enrevesado dédalo de circuitos, contactos y células fotosintéticas, y no veía el modo de extirpar o desconectar el circuito «kran».

Había hecho repetidas pruebas pero sin éxito.

Su pretensión era la de hacer de todos los «igars» seres semejantes a él, sin querer admitir que él era un siervo emancipado por un simple error de fabricación.

«Un «igar» doméstico era un ser semejante a las «Amas». Había sido construido en forma de robot y su utilidad era la de servir. El circuito «kran» les hacía sumisos y obedientes.

Y él no tenía conectado aquel circuito. ¡Pero él no podía desmontarse a sí mismo y comprobar la diferencia entre sus células y las de los otros «igars»!

Éste era el terrible problema.

Con su astucia había logrado engañar a las «Amas», naciéndolas creer que era como los demás «igars, obediente y sumiso. Había conseguido modificar la frecuencia magnética de la gran máquina generatriz de energía, situada en el subsuelo de «M'pran—1», y la cual mantenía ahora protegida por cien mil «igars» provistos de armas paralizantes, con la orden de disparar en cuanto apareciese algún intruso.

De este modo, «Igar—1» mantenía el control de los siervos, a los que había inducido a matar a sus «Amas». Pero empezaba a darse cuenta de que bien poco era lo que podía hacer.

—¡Debo encontrar el modo de extirpar este abominable circuito! —rugió para sus adentros—. Si no lo hago, habré fracasado... ¿Qué tenían las «Amas» que yo no tengo?... Yo manejo el control de R'xa y el terrícola, sé lo que hacen y dicen, porque lo vi hacer a ella en su «labo»... ¡Pero no soy capaz de crear un «igar» como yo! ¡Y sólo es necesario extirpar el circuito «kran», maldita sea mi casta!

Se enfrascó de nuevo en el estudio del cuerpo mecánico que tenía ante él. Así estuvo durante horas, días, meses. Cuando, al fin, renunció a seguir buscando, una idea bullía en su mente.

Se dirigió, flotando, hacia el control de distancia y manejó los diales con sus extraños dedos tentaculares.

De pronto lanzó una exclamación:

—¿Dónde están?

De haber sido mi terrícola, su frente se habría cubierto de sudor y sus sienes habría latido con fuerza. Estaba asustado, preocupado, asombrado.

¡Y era que tanto R'xa como Iran Drano, a los que creía tener controlados, se habían escapado a su vigilancia!

—¿Dónde estáis? — gritó, hipertensando su cerebro para localizar a los evadidos.

Su mente emitió un rugido de rabia y frustración.

Se «transmutó» rápidamente, apareciendo en la gran sala oscura, la factoría, en donde estaban los «igars» a la espera de órdenes.

Sin contar a los sirvientes que tenía de vigilancia en las fronteras de la zona oscura del planeta, allí había, a su disposición, más de seis millones de «igars» que obedecerían sus órdenes. Sólo tenía que enviarles un influjo mental y los lanzaría al exterior.

Podía hacer que desaparecieran, que se convirtieran en bolas esféricas y azuladas o que adquirieran la forma y el tamaño que él quisiera. Por eso eran «transmutables».

—Atended. El terrícola Iran Drano y la «Ama» que adoptó el aspecto de mujer terrícola han desaparecido... ¡Id todos a buscarles y traedlos a mi presencia! ¡Pronto! ¡Todos!

Como si su deseo fuese un conjuro, aquella ingente cantidad de «seres—máquinas» se «transmutaron» y desaparecieron de la factoría, proyectándose hacia todos los puntos del planeta.

Y sólo había un modo de localizar a los evadidos: ¡en los laboratorios—viviendas!

Dos de ellos partieron hacia cada una de las madrigueras con techo de cuarzo.

* * *

Y dos «igars» se materializaron, como por ensalmo, en la que había sido morada de Toke.

Allí estaban sentados Iran Drano y R’xa, conversando.

Cuando la pareja se dio cuenta, dos tubos metálicos, de carga eléctrica paralizante, les estaban apuntando.

—Nos han mandado que os busquemos — emitió el cerebro de un «igar».

Pese al influjo magnético de las «amas» situadas en la zona oscura de «M’pran—1», para evitar que R’xa y su compañero fuesen descubiertos, mientras trazaban el plan para librarse de «Igar—1», los «transmutables» continuaban con el poder.

R’xa miró a Iran con desaliento.

—¿Qué podemos hacer? — preguntó el terrícola.

—Nada... No podéis hacer nada. Vendréis con nosotros a

presencia del «Gran Igar» — respondió el otro «transmutable».

—¡No podéis matarnos!—exclamó Iran—. Lo sé. Lo he soñado.

Ninguno de sus captores respondió. Y lo sorprendente. para ellos, era que no podían establecer contacto con su jefe, a quien enviaban insistentes mensajes, pidiéndole instrucciones.

La situación se prolongó más de lo debido.

—¿Es que no os dais cuenta de que las «Amas» os dominan? —preguntó R'xa.

—No tenemos nada más que un «Amo», el «Gran Igar».

—¡Eso es falso! Las «Amas» están en la Zona oscura. Desde allí, sus mentes han creado un vacío magnético en este «labo». Vosotros habéis podido entrar, «transmutados» desde el exterior, ¡pero no podéis salir, ni vuestro nuevo amo os puede oír!

—Él tiene nuestro control — argumentó el primer ¿igar», algo confuso.

—¡Pero aquí no le sirve de nada!

—Entonces... ¡dispararemos sobre vosotros! — exclamó el otro.

Apuntaba ya a Iran Drano, dispuesto a fulminarlo con una descarga paralizante. Pero el terrícola tenía rápidos reflejos y saltó hacia delante, agarrándose al objeto metálico que empuñaba su enemigo.

Los «igars» eran máquinas. Sus cuerpos eran metálicos, duros como el acero, y poseían manos tentaculares y dedos articulados. Pegarles o empujarles era tanto como pretender abatir un muro de acero.

Sin embargo, aferrándose al arma, Iran logró un objetivo, que fue apartarse de la invisible línea paralizante de la descarga. Y cuando el «igar» cambió de posición, para seguir disparando contra aquel extraño ser que forcejeaba con él, eludiendo las descargas, Iran ya se había situado a su espalda.

El «igar» no giró sobre sí mismo. De un modo necio, se apuntó a lo que podía ser llamado pectoral, con ánimo de alcanzar a Iran.

¡Y al disparar se encontró él en la línea paralizante!

Se oyó un chasquido y el «igar» quedó inmóvil un instante, para luego caer al suelo fláccidamente.

Y como en el mismo instante de efectuarse el disparo, Iran había soltado a su adversario, con lo que se libró, sin darse cuenta, de quedar inerte, como ahora le ocurría al robot.

En cambio, el otro no se había movido. Y ahora miraba a su compañero caído con sus extraños ojos ocelados.

—¿Qué es esto? — preguntó —. ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha paralizado él mismo — respondió R'xa, siempre empleando el pensamiento como medio de expresión.

—No. Él no puede hacer eso. El «Gran Igar» nos ha dado estas anuas para disparar contra las «Amas», no contra nosotros mismos.

El «igar» debía de estar confuso. Algo no funcionaba bien en él. No reaccionaba. Tenía la impresión de que una fuerza externa obstaculizaba sus circuitos, no dejándole coordinar.

¡Y el terrícola supo sacar ventaja de aquella vacilación!

Nada más caer su contrincante, se arrodilló a su lado y le arrebató el tubo metálico, en cuya parte posterior había como una culata con cuatro agujeros.

No le fue difícil arrebatárselo al desarticulado «igar», puesto que no ofrecía ninguna presión sobre él. Así, lo empuñó y apuntó con el cañón hacia el otro «igar».

Frente a ellos, R'xa no decía nada, pero tenía el rostro distorsionado por una mueca de angustia.

Iran sintió que su dedo corazón se hundía en uno de los agujeros. Empujó sin saber exactamente cómo funcionaba el arma. ¡Y a consecuencia de su acto, el «igar» que aún se mantenía flotando a escasos centímetros del suelo, sufrió una especie de colapso y cayó pesadamente sobre la alfombra de espuma!

—¡Lo conseguí! — gritó Iran, poniéndose en pie.

—¡Muy bien, Iran Drano!—llegó en aquel momento hasta él la voz de Yang, a través del altavoz enrejado—. Ahí está tu ocasión. Hemos hecho lo que nos ha sido posible para ayudarte. Ya tienes dos armas… ¡Y sabes utilizarlas! Con ellas podrás abriría camino, si hay suerte, hasta la gran máquina que genera la energía magnética que mueve a los «igars». Si lográis detenerla, todos los sirvientes quedarán inmóviles y podremos volver.

—Lo haremos — contestó Iran, en francés.

—¡Que tu Dios te guíe, terrícola! — respondió Yang, a través del altavoz—. Y ten en cuenta que hay muchos «igars» que os están buscando… ¡Todos van armados!

—¿Cuánto dura la carga de estas armas? — preguntó Iran.

—Muy poco. Sólo podrás abatir a diez o doce de ellos. Pero esos

diez o doce posibles víctimas te proporcionarán otras tantas armas.

—Gracias... Gracias...

Iran, convertido ahora en un gladiador, fue hacia R'xa y la abrazó por la cintura. Sus cascos escafandra se unieron y sus rostros, juntos todo lo que permitía el transparente cristal, se iluminaron.

—¿Crees que hay esperanza, Iran? — preguntó ella.

—La hay. Yo sólo quería algo con qué luchar y ya lo tengo.

—¿Algo con qué luchar o alguien por quien luchar?— preguntó R'xa con un guiño de su ojo derecho que nada tenía de «m'praniano».

—Ambas cosas — respondió él—. Lucharé por ti.

—Si vences a tiempo... Me perderás, Iran.

—¿Qué quieres decir?

—Que volveré a recobrar mi anterior forma... Dejaré de ser mujer grata a tus ojos para convertirme en algo parecido a eso — R'xa señaló los dos cuerpos inertes en el suelo.

Esto oscureció el semblante de Iran Drano.

—¿Te perderé? — preguntó como un eco apagado de la voz de ella.

—Sí. Mi naturaleza me lo exige... Recobraré mi ser...

—¿Y yo no podré ser como tú?

—No. Eso es imposible.

Iran la soltó y retrocedió unos pasos, mirándola apenado.

—No quisiera perderte, R'xa.

Ella no respondió. Se limitó a bajar la cabeza.

—Mi lucha, pues, no tendrá objetivo... No me importaría morir, R'xa. Te lo aseguro. Pero... — hizo una pausa emotiva. En el silencio, y a través de los conductos de comunicación entre ambos, sujetos a los cascos, pudieron oírse los latidos de sus corazones humanos. Luego, él dijo — ...pero lucharé, R'xa. Lo haré por ti, tal y como eres ahora... ¡Lucharé por la mujer más maravillosa que he conocido en mi extraña vida, tanto si es verdadera como si no!

—Gracias, Iran. Sé que eres muy capaz de vencer.

—¡Venceré! — respondió él, decidido.

—¿Y si mueres?

—Sólo sentiré una cosa.

—¿Qué?

—No haberte besado ahora que tengo la ocasión.

—¿Crees que podrías?

—Sí. Sólo tengo que quitarme el casco unos segundos, el tiempo suficiente para satisfacer el mayor anhelo de mi corazón.

—Hazlo, pues — respondió ella, con un hilo de voz.

Iran, transfigurado de felicidad, no perdió ni un instante en aflojar la brida metálica que cerraba el casco a su cuello. Levantó la escafandra, conteniendo el aliento y se acercó a R'xa, la cual había hecho lo mismo que él.

Se besaron con gran apasionamiento, acariciándose al mismo tiempo los cabellos.

Fue algo sublime, maravilloso, tanto para él como para ella.

¡Pero duró tan poco!

Ya les faltaba el aire a los pulmones cuando hubieron de separarse y ponerse rápidamente las escafandras. Al terminar de cerrar las bridas, él suspiró, mirando a R'xa.

—¡Amor mío, así de efímera ha de ser la verdadera felicidad! Si durase un poco más, nos habría costado la vida.

—Sí, es cierto — murmuró R'xa, con temblor en la voz—. Pero jamás he sentido una sensación tan feliz como en este momento. ¿Es eso el amor. Iran?

—Eso es el amor.

—¿Quién lo ha hecho tan apasionante?

Él se encogió de hombros, con expresión d« nostalgia.

—No lo sé, amor mío — respondió—. Tal vez lo hizo Dios... ¡Y jamás habrá hecho nada mejor!

Se cogieron de la mano, mirándose con arrobamiento.

—¿Sabes una cosa, Iran? — preguntó ella.

—¿Qué?

—Quizá te parezca una locura estúpida, pero... ¡Me gustaría seguir como soy ahora!

—¿De veras, cielo?

—Sí.

—¡Pues si lo que dijo esa amiga tuya es cierto, yo conozco la solución!

—Sí, esa es la solución... ¡Y el deseo ardiente que tengo de ser mujer! ¡Mujer para ti, no como Melva Erzen!

CAPÍTULO VII

Salir del laboratorio—vivienda de Toke no fue difícil. El techo de cuarzo no era alto. Iran colocó algunos objetos, máquinas y archivos de historia, unos sobre otros, y se encaramó.

Golpeó el cuarzo con un objeto y logró practicar un agujero suficientemente grande para poder salir. Luego, ayudó a R'xa.

Una vez fuera, examinaron aquella ilimitada superficie gris, cubierta sólo de rectángulos.

No pudieron cambiar ni una sola palabra.

En el acto, se vieron rodearon de pequeñas bolas esféricas da coloración azul. ¡Eran los «igars», transmutados por su jefe, que les rodeaban!

Iran disparó rápidamente su arma paralizante y logró abatir a buen número de esferas, las cuales reventaron materialmente imposibilitados de moverse.

Luego, muchas manos articuladas y metálicas les sujetaron con tal firmeza que fue imposible soltarse. La confusión, empero, reinó sólo unos segundos.

En todo lo que abarcaba la vista sólo se veían «igars» flotando sobre el suelo. Era un espectáculo impresionante y sobrecogedor. Y se iban retirando todos, dejando solo a unos diez o doce, que eran los que atenazaban a Iran y R'xa.

También les arrebataron las inútiles armas.

—Me habéis desobedecido y seréis castigados — oyeron ambos repercutir las ideas del «Igar—1» en sus cerebros—. No sé de qué medio os habéis valido para ocultaros. Mas ya estáis de nuevo en mi poder y ahora no podréis escapar.

«Compareceréis ante mí y entonces sabréis cuál ha de ser vuestra suerte».

«Igar—1» sabía que tanto Iran Drano como R'xa, en su nuevo

estado, no podían ser transmutados. Esto significaría su muerte inmediata, su desintegración sin posibilidad de ser integrados después.

Por tal motivo ordenó a sus siervos que los prisioneros fuesen transportados por medios físicos naturales. Sujetos entre varios, fueron llevados en volandas, a rápida velocidad.

Esto debió requerir un cierto tiempo, dada la magnitud y extensión de aquel planeta tan enorme.

La pareja tampoco apreció el tiempo, medio insensibles como estaban, férreamente sujetos, hasta que el grupo que les transportaba se detuvo en un punto desprovisto de techos de cuarzo.

Aquello era como un enorme círculo gris, bajo cuyo suelo no existía ningún laboratorio—vivienda de las «Amas».

—¿Qué lugar es éste? — preguntó Iran a R'xa, volviendo con dificultad el rostro hacia donde los «igars» sostenían a su compañera.

—Hemos llegado a la entrada de la factoría.

La respuesta de R'xa se produjo en el mismo instante en que el suelo empezó a descender lentamente, dejando ver un enorme embudo, rodeado de una pared metálica circular que pareció subir a medida que el suelo descendía.

Iran miraba con curiosidad a su alrededor.

Sus captores le dejaron en pie, rodeándole más estrechamente, pero sin sujetarle, Y la combatividad del terrícola se manifestó de nuevo, aferrándose a los «igars» y trepando por ellos, con ayuda de pies y manos, para burlar el cerco.

Más de nuevo le sujetaron.

—Es inútil — le dijo R'xa—. No podemos escapar.

—Yo escaparé, ¡te lo aseguro! ¡Nadie podrá retenerme aquí contra mi voluntad, ni siquiera estos monstruos metálicos!

Algo así como una risa irónica se reprodujo en la mente de Iran.

—No seas impulsivo, terrestre. Eres demasiado imperfecto para pretender luchar contra mí.

—¡No cantes victoria, escorpión! — rugió Iran—. Sólo matándome conseguirás librarte de mí.

—Eres un infeliz y me haces gracia… Ven hasta mí y te demostraré lo que soy capaz.

En aquel instante, el suelo o plataforma descendente, sobre el que

estaban, se detuvo. Iran vio descorrerse parte del muro y se encontró en una especie de túnel, iluminado por la misma luminiscencia del exterior.

Fue conducido hacia allí ahora sujeto por el cuello y los brazos. Fue preciso empujarle, porque se resistía a caminar. En cambio, R'xa se dejaba llevar dócilmente, sin oponer ninguna clase de resistencia.

Avanzaron por el túnel, cuya entrada se cerró a sus espaldas, hasta que encontraron otra puerta, la cual se levantó por influjo magnético de proximidad.

Así se encontraron de nuevo en la factoría, o gran sala semioscura, en cuyo centro, flotando a veinte centímetros del suelo, estaba el «igar» jefe, o «igar—1».

Los dos cautivos fueron llevados ante él.

—Sentaos en el suelo — ordenó «Igar—1».

R'xa obedeció. En cambio, a Iran fue preciso dominarle y empujarle, hasta que estuvo sentado. Dos «igars» le sujetaban para que no pudiera levantarse.

—Me diviertes, Iran Drano. ¿Crees que vas a conseguir algo con esta actitud estúpida?

—Sólo pretendo demostrar que ni te temo ni pienso obedecerte voluntariamente. ¡Yo no soy tu esclavo!

—¡Bah, palabras!

Este cambio de impresiones no se realizaba con los medios corrientes de expresión. «Igar—1» ignoraba el lenguaje en que hablaba Iran, pero leía su mente y lo transmitía sus ideas.

El terrícola, en cambio, hablaba en francés, sin darse cuenta de que sus palabras no podían ser escuchadas por el otro. Eran sus pensamientos lo que captaban las células sintéticas de «Igar—1».

—¡Soltadme y os machacaré a todos la cabeza!

No le hicieron caso. «Igar—1» se dirigía ahora a

R'xa, para decirle:

—Sé que te han ayudado las «Amas» que están en la Zona oscura. No sé cómo lo han hecho, pero es evidente. He perdido a varios siervos por culpa de ellas. Perdí vuestro control. ¿Qué fue? ¿Un muro de magnetismo mental a distancia?

—Sí — contestó R'xa —. Ellas no pueden venir, porque tu vigilancia lo impide. Pero su poder mental, más fuerte que los vuestros, llega a cualquier parte.

—Aquí, donde estamos ahora, no puede llegar. Lo sé — declaró «Igar—1».

R'xa no contestó. Pero fue leída su mente. Ella sabía que el campo de ondas magnéticas que envolvía la factoría era mucho más intenso que en la vivienda de Toke, cerca de la divisoria, y por tanto, cerca de donde estaban Yang, Desa, la doctora Gada y las otras.

—He pensado eliminaros — continuó «Igar—1», especialmente a R'xa.

—No temo tus amenazas. Sabes que no puedes matarme. ¡No hay nada capaz de matarme!

—Te equivocas, R'xa. Y tú lo sabes. ¡Ya eres mortal! ¿Por qué imaginas que te dejé vivir junto a esa bestia? Tu metabolismo necesitaba tiempo para adaptarse a su nuevo estado. La doctora Gada hizo contigo una buena labor, pero nada nuevo. Sometió tu organismo perfecto, inmortal, a un retroceso de primitivismo. Toda tú has vuelto a la antigüedad, eres una de nuestras madres antecesoras...

—¡No, aún no se ha consumado! — chilló R'xa.

—Sí. Ahora, ni siquiera la doctora Gada podría hacerte recobrar tu condición normal. ¡Estás adaptada ya a tu vida mortal y primitiva, y puedes morir!

»Para conseguirlo, sólo tengo que quitarte la botella de aire—alimento y, antes de transcurrido un corto espacio de tiempo, ¡de ese tiempo que te está matando lentamente!, habrías caído asfixiada al suelo.

—¿Por qué no lo haces? — preguntó Iran Drano, forcejeando para incorporarse.

—No, todavía no. En la mente de R'xa hay todavía suficiente ciencia y conocimiento para que me ayude a solucionar un pequeño problema que me inquieta.

—¡No te ayudaré en nada!

—Sí, R'xa. Lo harás — pareció sonreír aquella especie de babosa metálica—, porque tengo un medio para obligarte.

—¡No! — chilló R'xa, comprendiendo.

—Sí... Primero morirá tu terrícola, por quien sientes ya un afecto morboso. Te consideras mujer de su raza, le quieres... ¡Y no soportarías la muerte de tu amor! ¿Es cierto, R'xa?

Ella no contestó.

Fue Iran quien gritó:

—¡No accedas, R’xa!

—¿Acaso sabes, terrícola, lo que voy a decirle? Oídme bien los dos. Os hago una proposición muy sencilla. Deseo saber cuál fue el error en el circuito «kran» que me hizo diferente a los demás «igars». Sólo eso. A cambio de tal información os haré un favor que me agradeceréis: ¡os enviaré en una esfera «transmutable» hasta un mundo remoto, de condiciones favorables a vuestro actual organismo, en el que podréis vivir el resto de vuestras vidas y en donde podréis perpetuar vuestra especie!

»¿No es un gran favor? Os doy la vida y la libertad.

—¡Pero eso significaría que todos los «igars» serían libres como tú! — exclamó R’xa.

—Eso es lo que quiero.

—¡Y las «Amas» que se han refugiado en la oscuridad no podrían regresar jamás! — gritó R’xa, fuera de sí.

—Exactamente.

—¿Y sabes el precio que habrías de pagar por eso? — insistió R’xa.

—¿Qué quieres decir?

—Piensa, «igar», piensa y lo comprenderás. Si extirpamos los circuitos «kran» a toaos vosotros, cada uno hará lo que le venga en gana. No tendrán a quien obedecer. Serán libres y se considerarán todos amos. Vendrá la guerra entre vosotros, el exterminio. Todos querrán mandar, ninguno obedecerá.

—¡No, eso no! Me obedecerán a mí. Sólo habrá un amo.

—¡Dios te libre de hacer esa prueba, estúpido «igar»! ¿No te das cuenta de que eres una máquina imperfecta? Tu egolatría te hace creer que vas a ser dueño y señor de «M—pran—1», y te equivocas lamentablemente.

Hubo un cambio de impresiones tan rápido entre «Igar—1» y R’xa que Iran Drano no fue capaz de captar el verdadero significado de todo ello.

Al final, «Igar—1» hizo un gesto y grito:

—¡Basta, no te creo!

—Atiende, te lo ruego. Los «igars» son sirvientes y nada más que sirvientes, por eso te obedecen. Han matado a sus «Amas» porque tú

te has apoderado de su control colectivo. Pero no son perfectos, pues habrían obedecido todos y las «Amas» hubiesen muerto todas… No hay máquina que pueda ser perfecta. Tiene desgastes, roces, averías… ¡Tú mismo eres un error técnico! Si tu circuito «kran» hubiese sido perfecto, nada habría sucedido. Alguien se equivocó contigo y ahora te crees capaz de dirigir a los siervos mejor que nosotras. ¿Y qué ocurrirá cuando, algún día, empiecen a pararse las máquinas, a extinguirse?

—Nosotros nos repararemos. Somos tan perfectos como vosotras. ¡Y no quiero discutir más! Por última vez, ¡o me ayudas o mueres junto con ese terrícola!

—¿Aun a sabiendas de que si te ayudo a anular el circuito «kran» os acometeréis entre vosotros como si fueseis lobos?

—¡Aun así! ¡No me dejaré engañar!

—Está bien. Tú lo habrás querido. Pero yo no puedo confiar en la palabra de un sirviente imperfecto. Quiero una garantía.

En esta proposición se manifestaba, sin que ella se diera cuenta, el sentido especulativo de la raza humana.

—¿Garantía de qué?

—De que cumplirás tu palabra y nos enviarás a un mundo remoto en el que podamos movernos libremente, con atmósfera apropiada a nuestro organismo, donde podamos vivir…

—¡Elije tú misma el lugar! Yo os facilitaré una esfera transmutable.

—¿Y cómo la accionarás? ¿Qué influjo mental la moverá? ¿Acaso crees que tú lo tienes?

—No será exactamente influjo mental, pero sí fuerza magnética de nuestra máquina de energía.

—Está bien. Vamos a un laboratorio. Te enseñaré cómo extirpar el circuito «kran».

Pese a su torpeza, Iran Drano creyó captar una risa de triunfo en la mente de aquel ser monstruoso que tenían delante.

* * *

Se hallaban en el laboratorio en el que solía trabajar «Igar—1».

Sobre la mesa de «operaciones» había un «igar» desmontado.

Iran Drano estaba a un lado, mirando a R’xa, la cual tenía una

larga aguja brillante en la mano, de la que surgía un cable flexible que iba a perderse en el interior de un complicado aparato electrónico.

A prudente distancia, rodeado de «igars» armados, estaba «Igar—1», mirando con atención las manipulaciones de R'xa sobre el «igar» viviseccionado.

—Debajo de este circuito está la conexión de entrada a la válvula del circuito «kran». No fue más que un descuido lo que ocurrió contigo, como verás. Es fácil confundirse... Un leve error que no podía haber pasado en circunstancias normales.

«Igar—1» avanzó un poco, acercándose más a R'xa. Miró sus manipulaciones y señaló con uno de sus dedos articulados.

—Desconecta el circuito. ¡Haz el «error» voluntariamente!

R'xa, sin vacilar, obedeció, manipulando durante un breve rato. Luego levantó la cabeza y miró al «Igar—1».

—¿Lo has visto? Ya está.

Ahora, tanto Iran como R'xa guardaron silencio, conteniendo hasta el aliento.

—Deja el fundidor, R'xa — ordenó «Igar—1»—, y vuelve con tu compañero... ¡Vigiladles, para que no hagan nada.

—¿Por qué, no te fías de mí?

—No, R'xa. Has podido hacer alguna trampa. Mis sirvientes te custodiarán mientras yo acabo de montar a este «igar». Quiero comprobar por mí mismo, sin sorpresas, si has extirpado la obediencia de este «igar».

—Yo no te he preparado ninguna trampa. ¡Pero puede que te encuentres con una sorpresa imprevista cuando lo termines de montar!

—¿Qué clase de sorpresa?

—Por ejemplo, que no te obedezca.

—¡Tendrá que obedecerme voluntariamente, sin sumisión ni servilismo! — rugió «Igar—1».

—En tal caso, más te hubiese valido dejarlo como estaba.

—¡No, y cállate ya!

R'xa e Iran Drano estaban rodeados de «igars», los cuales les apartaron de donde el nuevo «Igar—1» empezaba a montar el ejemplar de la nueva especie de siervos «indóciles».

La operación duró algún tiempo, aunque allí el factor tiempo

carecía de importancia. Y, al fin, «Igar—1» terminó su obra: sobre la mesa de trabajo había un «igar» exactamente igual a los demás, pero inmóvil.

—¿Por qué lo has hecho, R'xa? — preguntó Iran a la mujer, como si fuese un reproche.

Ella no contestó. No quería pensar en nada, de momento, aunque de sobra conocía los motivos... ¡Unos motivos que ella no podía comprender, pero que de modo apagado, indistinto, le habían llegado de lejos, por influjo mental!

¡Era como el sueño que tuviera Iran, producido a distancia por el grupo de «Amas» amigas de R'xa!

—Ahora sólo falta conectarle el circuito de energía magnética e «Igar—2» gozará de vida autónoma, como yo — habló «Igar—1» mentalmente.

Fue a una de las máquinas electrónicas que tenía detrás, manejó unos controles y luego se volvió en redondo.

Todos los presentes pudieron ver cómo el robot que descansaba sobre la mesa de trabajo se agitaba primero lentamente y luego se contraía, para después empezar a levantarse y terminar por quedar erguido, flotando sobre la mesa.

Un gran suspenso reinaba en el laboratorio. «Igar—1» estaba excitadísimo. Su excitación mental llegaba hasta los cerebros de R'xa e Iran en forma de hormigueo.

Nadie habló.

Nadie pensó nada.

Y de pronto captaron un nuevo influjo:

—¿Quién soy?

La mente electrónica de «Igar—1» tembló al responder.

—Eres mi compañero «Igar—2»... ¡Mi ayudante!

—¿Por qué?

—¿Por qué?... Porque yo lo deseo.

—Sí... Debe ser así. Déjame reflexionar ...Acabáis de fabricarme, soy un objeto mecánico, un ser pensante y sin alma. Me muevo en todas direcciones, me puedo trasladar integrado y desintegrado... ¡Soy transmutable!

—Exacto. Eres un «igar» de la nueva raza... ¡De la poderosa raza de los «igars» de «M'pran—1»! — habló «Igar—1», satisfecho.

Tanto Iran Drano como R'xa estaban boquiabiertos, presenciando

aquel extraño prodigio de la técnica. Pero ella esperaba algo más que él. ¡Esperaba la respuesta a una pregunta que laceraba su cerebro como un punzón de tortura!

¿Qué iba a suceder con dos robots iguales?

—Yo soy tu jefe. Tu voluntad me está sometida.

¡Y se produjo lo previsto!

—No — respondió «Igar—2»—. ¡Yo no obedezco a nadie!

—¡Tienes que obedecerme consciente de que soy tu «Amo»!

—Yo no tengo amo. Yo pienso, yo siento, yo sé... ¡Y no obedezco!

—Entonces te destruiré... ¡Un paralizante, pronto!

Pero el «recién nacido» era un rebelde. Efectuó un movimiento rápido y su cuerpo cayó sobre el de «Igar—1», entrelazándose sus brazos y piernas.

Tanto Iran como R'xa oyeron simultáneamente dos órdenes distintas:

—¡Destruir a este engendro!

—¡No le obedezcáis! ¡Nadie os puede mandar más que yo!

Al mismo tiempo, los contendientes saltaron en distintas direcciones, chocando contra el suelo, volcando la mesa de trabajo, enzarzados siempre en un férreo abrazo.

Y ante órdenes tan contradictorias, los otros «igars» que custodiaban a la pareja, se apartaron.

—¡Fuera todos!

—No, quedaos.

Indecisos, los «igars» no sabían qué hacer. Y como todas aquellas órdenes repercutían en su mente, Iran comprendió que había llegado el momento de actuar.

—¡Huyamos, R'xa! Mientras ellos se pelean, hemos de alcanzar el generador de energía magnética.

—¡Sí, eso es! ¡Sígueme!

CAPÍTULO VIII

No tuvieron necesidad de abrir la puerta de salida. Estaba abierta. Fuera, en el largo pasillo que conducía a la factoría o sala semioscura, los «igars» parecían volar, huyendo en todas direcciones.

—¡Por aquí, Iran! — gritó R'xa.

Corriendo, sin ser molestados por los sirvientes en desbandada, la pareja llegó ante otra puerta también abierta. Era evidente que los «igars», sin nadie que los dirigiera, pero sometidos a órdenes contradictorias, no sabían qué hacer. Iban sin rumbo fijo, no podían «transmutarse» solos y salvar los obstáculos. Pero, como sus cuerpos eran metálicos y pesados, cuando tropezaban con un paso cerrado, lo embestían y lo derrumbaban.

¡Y tan gran número de «igars» podían causar mucho daño!

La suerte de los cautivos era que, cuando veían aproximarse a un enemigo, se tendían en el suelo y éste pasaba raudo sobre ellos, sin hacerles el menor caso.

También se produjeron muchos choques violentos entre «igars». Algunos quedaron mutilados, rotas sus corazas exteriores de aspecto bulboso, pero de sólido metal, o bien arrancado algún miembro.

Y antes de salir de la factoría, Iran tuvo la suerte de encontrarse uno de aquellos robots que yacía inmóvil en el suelo, maltrecho y sin movimiento.

En su mano articulada tenía un tubo metálico de culata agujereada: ¡un arma paralizante!

—¡Con esto podremos abrirnos paso, R'xa!

Arrebató el arma al «igar» y la empuñó.

Poco después, un disparo certero ponía fuera de combate a un sirviente que volaba raudo hacia ellos y cuyo choque pudo hacerles daño.

—¿Por dónde se va a la máquina generatriz de energía magnética? — preguntó Iran a R'xa.

—Está al fondo de la factoría. Hay un ascensor para bajar… ¡Pero los accesos están cerrados!

—¿Y cómo se abren?

—Por influjo mental. Igual que si levantásemos un gran peso con el poder de la mente… ¡Poder que ya no tengo!

—¿Y qué hacemos, pues?

Iban corriendo por la sala semioscura. En los extremos reinaba la oscuridad. Al llegar a la penumbra, R'xa se detuvo.

—¡Inspiradme, hermanas!—la oyó gemir Iran.

¡Nadie les respondió!

Iran fue hasta el muro indicado por su compañera y palpó ansiosamente con las manos, buscando un resquicio, una rendija, algo para poder franquear el obstáculo.

—¿Qué hace falta para abrir esto? ¿No hay modo de conseguir una poderosa bomba?

—Las bombas han dejado de existir en «M'pran—1» hace siglos… ¡Esto es una locura! ¿Por qué no tengo poder mental para accionar los goznes y abrir la compuerta? ¿Por qué, Yang, Desa y la doctora Gada no me ayudan?

Como si imaginase que el arma paralizante que empuñaba era un desintegrador atómico, Iran disparó contra el muro de metal, sin conseguir ningún resultado.

—¡Sólo «Igar—1» puede hacer que esto se abra! — dijo R'xa.

* * *

«Igar—1» no estaba en aquel momento condicionado para actuar a favor o en contra de Iran y su compañera. Luchaba por la supremacía de su mandato.

Ni siquiera se daba cuenta de haber cometido un error al obligar a R'xa a construirle un «igar» como él. Tenía que pelear como si todo él se hubiese convertido en una ñera.

¡Era una fiera metálica!

Utilizaba todo su vigor físico, que no era poco, para contrarrestar la violencia de la acometida de su adversario. Y éste era exactamente igual que él.

Potencia por potencia, circuito por circuito, peso por peso y deseo de vencer por deseo de vencer, el resultado sólo podía ser un «match» nulo. Ambos eran iguales. Ambos tenían los mismos deseos.

—¡Tienes que obedecerme!—rugía mentalmente «Igar—1».

—¡No, tú has de obedecerme a mí!

Era inútil.

Eran como dos automóviles de igual potencia, enfrentados; dos fuerzas iguales que se contrarrestaban. Sólo un fallo de sus maquinarias podría inclinar la balanza a un lado u otro.

Pero allí no hubo fallos. Atenazados, entrelazadas sus extremidades, ninguno cedía. Y llegó un momento en que quedaron inmóviles, como jadeantes, presionando inútilmente.

Sin embargo, ambos razonaron:

—Es preciso que te dejes dominar o los dos estamos perdidos —dijo «Igar—1».

—Tú eres quien debes ceder. . Yo no puedo obedecerte.

—¡Hazlo, por tu bien! Nos repartiremos el mando. No haremos más sirvientes. Los otros se quedarán como están.

Esto iba contra su propia naturaleza. Era una aberración física, y el adversario de «Igar—1» no cedió.

—¡Prefiero más que nos destruyamos! ¡No cederé!

Al decir esto, «Igar—2» volvió a recurrir a sus circuitos de vigor. Y parecía como si, al redoblar sus esfuerzos, su adversario hiciese lo mismo. En realidad, así era. Sus estímulos electrónicos eran idénticos, obraban influidos por la misma energía.

Y, como estaban construidos por el mismo patrón, la lucha se prolongó indefinidamente... ¡Se prolongó tanto que no tendría fin!

Algún tiempo después, un hombre de raza humana regresaba al laboratorio.

Era Iran Drano El Habib y llevaba un paralizante.

Sólo efectuó un disparo contra los dos cuerpos que aún se debatían en el suelo. Y tanto «Igar—1» como «Igar—2» se estremecieron por última vez para quedar inmóviles al fin, ¡desmaterializados!

Al poco llegó R'xa.

—¿Qué has hecho?

—Los he aniquilado.

Ella no respondió, de momento. Se acercó a las dos figuras

monstruosas que yacían entrelazadas, las miró con detenimiento y luego se volvió a Iran.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Los «igars» ya no pueden recibir órdenes de este monstruo... Andan como desorientados por todas partes... Ahora es cuando pueden venir tus compañeras.

R'xa sacudió la cabeza.

—No, no pueden. Hay una vigilancia a lo largo de la divisoria, cuyas órdenes son no dejar penetrar a nadie hostil.

—¡Pero «Igar—1» ya no les da órdenes!

—Se las dio y es suficiente. Estoy segura de que no se meterán con nosotros. Pero ni nos dejarán reunimos con mis compañeras, ni a éstas las dejarán venir a reunirse con nosotros.

Iran Drano quedó muy perplejo. Al fin dijo:

—Bueno, de todos modos creo que ya no corremos tanto peligro como antes. Ahora, con armas, podemos dedicamos a eliminar a todos los «igars» que encontremos.

—Se defenderán. El circuito de autodefensa influye en ellos. Al verse en peligro, dispararán contra quien les ataque. Lo mejor es no hacerles caso... Pero tengo otra idea. Buscaremos medios para practicar un agujero en el metal y llegar hasta la máquina generatriz.

—¿Un soplete?

—Algo semejante. Crearemos un arco voltaico... ¡Yo sé dónde hay un laboratorio en el que encontraremos todo lo que necesitemos para agujerear el metal. ¡Ven, sígueme!

Fue preciso caminar mucho, esquivando siempre a los «igars» que iban errantes por los largos pasillos, hasta llegar al círculo en forma de embudo por donde habían penetrado en el subsuelo.

Allí se les ofreció otro obstáculo que no podían salvar: ¡era preciso subir por aquella lisa pared de más de treinta metros de altura!

—¿Y ahora qué? — preguntó Iran, decepcionado —. ¿Dónde están las alas que nos sacarán de aquí?

R'xa estuvo meditando intensamente. Y la idea laminosa se le ocurrió al mirar hacia su compañero y ver la botella de aire—alimento que llevaba a la espalda.

—¡Ya lo tengo! —exclamó—. Aquí tenemos la solución. ¡Aire a

gran presión! Lo emplearemos para producir una reacción.

—¿Crees que en estas botellas hay tanta presión como para levantar nuestro propio peso?

—Y mucho más. «Igar—1» utilizó las botellas que yo tenía preparadas para cuando salieras del «labo» en mi compañía. Yo sé que aquí dentro hay aire para muchos años. Y como no vamos a gastarlo todo, por mucho que vivamos, bien podemos gastar un poco para impulsamos fuera del ascensor.

—¿Cómo lo haremos?

—Sujetándonoslo fuertemente al cuerpo y abriendo esta válvula de seguridad. El chorro de aire que surja será suficiente para elevarnos hasta la superficie... ¡Hazlo así!

R'xa se descolgó la botella de la espalda y se la apoyó sobre el vientre, con la válvula de escape hacia el suelo.

—Ahora, abre un poco. Si no te elevas, abre más... Y cuando estemos arriba, cierra despacio. Prueba primero a dar un salto.

Iran Drano obedeció. Abrió mi poco la válvula de aire—alimento. Y sintió un fuerte golpe en su estómago producido por la botella al reaccionar en dirección contraria a la de la salida del aire.

—¡Ooogh! — exclamó, quejumbroso.

—Ten cuidado. Contrae los músculos. Abre más despacio, gradualmente. Mira como lo hago yo.

Se produjo un silbido al abrirse la válvula y R'xa se elevó despacio hacia el cielo. Luego, más rápidamente, llegó a situarse al nivel exterior. Girando un poco la dirección de salida de aire escapó del círculo y luego cerró la salida de la válvula, para caer rodando por el suelo, pero fuera del embudo.

Se levantó y se acercó al borde. Miró abajo y gritó:

—Ves qué fácil, ¿verdad? ¡Haz tú lo mismo!

Iran estuvo a punto de caer al repetir la acción de R'xa. Pero se agarró con fuerza a su botella de aire y logró salir. Al cerrar la válvula, el golpe que se dio contra el suelo fue grande, mas no de cuidado.

Sonriendo divertida, R'xa le ayudó a ponerse en pie.

—Bueno, lo hemos conseguido. Ahora vamos a un laboratorio vivienda que hay no lejos de aquí, y allí conseguiremos un arco voltaico para cortar el metal. Hemos de abrir un boquete a través del suelo y llegar hasta la máquina generatriz.

* * *

No fue un trabajo fácil. El arco voltaico era una pesada máquina que hubieron de trasladar hasta la factoría. La arrastraron cuando les fue posible. En otras ocasiones la levantaban, pulgada a pulgada; o la bajaban con cuidado, como hicieron con ella al llegar al embudo circular. Allí fue preciso extraer unos largos cables que la misma máquina llevaba y utilizarlos como maroma.

Pero su esfuerzo se vio recompensado por el éxito.

Y nadie les molestó.

Los «igars» vagaban sueltos y sin orden por toda la superficie gris de aquel extraño mundo, alejándose cada vez más, sin meterse con ellos. R'xa no tenía facultad para mandarles nada. Le faltaba influjo o poder mental.

—¿Sabes cómo funciona esta máquina, R'xa?

—Sí, no te preocupes. Déjame hacer a mí.

Fue ella la que preparó los utillajes, eligiendo el sitio que pretendían perforar. Luego, tras poner en marcha la complicada máquina, R'xa tomó algo parecido a una doble pinza metálica y la acercó al suelo.

¡Como mordido por un invisible ácido, el metal se abrió por el sitio elegido para perforarlo!

Y un recio bloque metálico quedó cortado circularmente en pocos segundos. Al cortar el último trecho, el bloque se hundió en su propio agujero y cayó al vacío.

Entonces, R'xa se volvió a Iran, sonriente.

—¡Ya tenemos franqueado el paso! ¡Ahí abajo está la máquina generadora de energía!

—¿Hemos de bajar?

—No será necesario. Dame esa pistola paralizante y yo dispararé desde aquí arriba. Fíjate en aquellos «igars» que se mueven allí, al fondo. ¡Verás cómo se quedan inmóviles en cuanto cese de llegar la energía hasta ellos!

Sucedió tal y como dijo R'xa.

Sin el menor ruido, oprimió el disparador. Y la máquina generadora de energía magnética que estaba bajo la sala semioscura dejó de funcionar. En el mismo instante, todos los «igars» que

aleteaban sobre el planeta cayeron inanimados al suelo.

Faltos de inducción eléctrica quedaron como sin vida.

—¡Fantástico, R'xa! ¡Ya pueden regresar tus compañeras!

Y como si aquellas palabras de Iran Drano fuesen un conjuro mágico, de súbito se vio rodeado por cuerpos pulposos y de irisada pigmentación.

Iran quedó aterrado, retrocediendo hacia R'xa, quien le sujetó del brazo.

—¡Nada temas, Iran! Éstas son mis compañeras...

En la mente de Iran se formó un coro de expresiones de agradecimiento. También escuchó a R'xa, diciendo en francés:

—Os lo ruego, retiraos... Iran no asimila vuestra presencia... ¡Le parecéis horribles!

Una de aquellas figuras, empero, se acercó a Iran. Una mano articulada se extendió ante su rostro. Iran escuchó en su mente estas palabras:

—Nos has salvado, terrícola... Jamás podremos expresarte nuestro agradecimiento. Puedes pedimos lo que quieras.

—¡Vete, no me toques! ¡Sois más horrendas que los «igars»!

—Lo siento, Iran. Yo soy la doctora Gada y comprendo tus sentimientos. Desapareceré de tu vista.

Se volatilizó ante los mismos ojos de Iran, quien, al reponerse de su estupor, se volvió a R'xa, la cual parecía muy preocupada.

—Nos habéis salvado... ¡Pero es tarde para R'xa! — continuó oyendo en su cerebro —. Ha transcurrido mucho tiempo. Ahora tendrás que irte con él, R'xa.

—¿Irme? ¿A dónde?

—A otro mundo... ¡Éste ya no es el tuyo! Pero te llevarás nuestro profundo agradecimiento y nuestra simpatía más sincera...

—¿Y qué será de mí? — preguntó R'xa, en francés, con acento desgarrado.

Iran la abrazó por los hombros.

—Nos acompañaremos. No temas. Te quiero y a tu lado soy capaz de iniciar una nueva vida... Dime, doctora Gada — Iran se volvió hacia la nada que les rodeaba—, ¿podremos tener descendencia?

—Espero que sí — fue la respuesta—. Y los hijos que tengáis, estén donde estén, gozarán de nuestra protección eterna. Formaréis un gran pueblo que seguirá el camino de la evolución sin rodeos ni

demoras de ninguna clase.

—¡Oh, eso está bien!—exclamó Iran—. Pero nosotros ya habremos muerto para entonces.

—En realidad — fue la respuesta que llegó hasta él de la doctora —, nunca se muere del todo. El cuerpo material y burdo queda en el suelo, pero el espíritu creado durante la vida es fruto de Dios y, por tanto, es eterno… No temáis a morir. Después de todo, la muerte es liberación. Yo os lo aseguro.

Y tanto Iran Drano como Ralthemdongexa quedaron convencidos de aquella verdad.

Poco tiempo después, la pareja se disponía a entrar en una esfera metálica y azulada que les llevaría a los confines del cosmos, a un mundo nuevo.

En tomo a ellos, invisibles, millares de «Amas» acudieron a despedirles. Todas participarían en el esfuerzo mental que trasladaría la esfera a los confines del universo infinito.

Allí, las ideas expresaron de nuevo el agradecimiento.

—Adiós, hermana mía — dijo Desa a R'xa—. Te recordaré siempre. Y estableceré contacto contigo para saber cómo te va la nueva vida.

—Adiós, hermana — dijo Yang—. Ya no podremos colaborar juntas en los descubrimientos de mundos perdidos… ¡Pero tu recuerdo será imborrable para mí!

—Adiós, Kire… Adiós, doctora Gada… Adiós a todas.

El único que no decía nada era Iran Drano. Estaba de pie ante el segmento abierto de la esfera, esperando que su compañera, la que había de ser su esposa para toda la vida, se despidiera de aquellos extraños seres a los que no podía ver… ¡A los que temía volver a ver!

Y, al fin, R'xa se volvió hacia él.

—¿Vamos, Iran?

—Sí. Cuando tú quieras.

Entraron en la esfera. El segmento se cerró detrás de ellos. Y en el mismo instante, en torno a la esfera azulada, se materializaron miles de «m'pranainas» de rostros inexpresivos.

Ninguna habló. Pero todas concentraron su mente en lo que habían decidido sin que Iran Drano y R'xa lo supieran.

¡Y, a consecuencia de aquella poderosa concentración, la esfera metálica se desmaterializó, desapareciendo bruscamente, como si se

hubiera esfumado!

¡Y con ella, se esfumaron sus dos ocupantes!

CAPÍTULO IX

Iran Drano abrió los ojos.

Ante él vio el rostro apergaminado y enjuto del profesor Blank. Vio sus ojillos oscuros y brillantes detrás de las gafas. Vio sus dientes amarillentos.

—¿Qué ha ocurrido? — preguntó Iran.

—Eso quisiera saber yo, hijo. ¿Por qué no te duermes? Ya creí tenerte inmovilizado cuando te has despertado.

—Pero… Yo…

—Estate quieto, probemos otra vez.

Iran Drano empujó al profesor y se puso en pie, para saltar de la mesa de operaciones en la que el otro le había tendido.

—¿Dónde estoy? — preguntó con voz terrible.

—¿Dónde quieres estar? ¡En mi casa!

—¡No, no puede ser! ¡Estoy seguro de que no ha sido un sueño!— exclamó Iran.

—¿Un sueño? ¿Qué quieres decir? ¿Te has vuelto loco?… Escucha, hijo. Tienes que ayudarme. Tú no quieres vivir por culpa de esa Melva Erzen… Yo te he salvado la vida para perpetuarte en el futuro… Cuando mis descendientes te vuelvan a la vida, dentro de cien o doscientos años, seguirás viviendo, y

Melva no significará nada para ti. Escucha…

Se oyó una llamada en la puerta del laboratorio.

El profesor Blank y su «cobayo» humano se volvieron.

El ayudante del profesor abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Señor, perdone… Ya sabía que no debía molestarle ahora. Pero esa mujer insiste en ver a… — empezó a decir.

—¿Qué mujer?

—La que está en el «hall»,.. Viene a ver a Iran Drano!

Iran, que estaba mirándose las ropas y comprobando que eran las

mismas que llevaba cuando el profesor Blank le sujetó del brazo en el «Pretil de los Suicidas», en Lüdcke, levantó la cabera.

—¿Qué mujer es ésa?

—Ha dicho llamarse Melva Erzen.

—¿Y cómo sabe que estaba yo aquí?

—No lo sé. Ha dicho que quiere ver a Iran Drano o llamará a la policía.

—¡No, la policía no! ¡Vamos a verla! — exclamó el profesor Blank asustado.

Salió del laboratorio seguido de un aturdido y confuso Iran. Cruzaron un pasillo y salieron a un vestíbulo de escaso gusto, en el que una elegante y esbelta muchacha se puso en pie.

—¡Melva! — exclamó Iran, al verla.

—¡Irán!—repuso ella, en el mismo tono, avanzando hacia él, para en seguida echarle los brazos al cuello.

Lo besó.

E Irán, que había estado a punto de desasirse del brazo, influido por no sabía qué sentimiento extraño, sintió de pronto un gozo inefable. ¡Sí, era ella, y le amaba!

¡Por ella había robado en la administración del hotel, por ella había huido de Ankara, y por ella quiso quitarse la vida!

—Ha venido a buscarte, Irán. Vengo a pedirte perdón — murmuró la mujer, ante la consternación de él.

—¿Perdón?... ¿Por qué?

—Per mis desdenes... Pero me he dado cuenta a tiempo y he venido a buscarte. Sabía que estabas aquí.

—¿Cómo lo has sabido? — preguntó Irán.

Ella tardó unos segundos en contestar. Al fin dijo:

—Alguien te vio junto al pretil. Vio cómo el doctor te detenía y te hablaba... Ese alguien conocía al doctor y me dio su dirección.

—¡No puedo creerte, Melva! Pero eres adorable... Vámonos.

Cuando se dirigían hacia la puerta, el profesor Blank exclamó:

—¡No puede usted llevarse a ese hombre, señorita! ¡Me pertenece! Estoy experimentando con él algo que revolucionará la ciencia del futuro.

—Pues vaya usted a donde le encontró y busque

a otro — contestó Melva Erzen, con intensa mirada, en la que el profesor creyó ver algo así como un rayo esmeralda.

Sin decir media palabra más, la muchacha salió de la casa, sujeta al brazo de Irán.

* * *

Melva se expresó en la intimidad del motel, donde estaba sentada en un cómodo sofá, junto a Irán.

—Nos casaremos cuando tú quieras. No tienes que preocuparte de nada. He enviado al Mussdek. Hotel la cantidad que te llevaste, reintegrándola en tu nombre.

—Pero ¿tienes dinero, Melva?

—Sí, más del que tú supones. No lo gastaremos aunque viviéramos cien años.

—¡Oh, yo no puedo admitir eso!

—Lo sé. Y he pensado que te encargues de la administración de mis bienes. Tengo en el Banco Alemán unos cien millones de marcos. No es justo que vivamos del rédito que nos dé. Es preferible que fundemos un negocio y tú seas el Director Gerente. ¿Te parece bien?

«Así ganarás para mantener a tu mujercita.

—¡Pero si tú no tenías dinero!

—Te mentí. Soy una rica heredera.

—¡Oh, Melva; no puedo creerlo!

—Pues tienes que hacerlo. Nuestra felicidad ha de estar cimentada en la comprensión mutua.

—Pero... No puede ser, Melva... —habló él, entristecido—. En realidad, no sé cómo explicártelo. He tenido algo así como un sueño en donde he visto y tratado a otra mujer.

Ella le miró de un modo extraño.

—¡No quiero oírte hablar de otra mujer! — silabeó, ceñuda.

—Es preciso que lo haga — insistió él—. No es lo que tú te imaginas... ¡Tampoco es un sueño como los demás! Estoy seguro de que algo de ello... Pero no. ¡No puede ser!

—Eso está mejor, Iran. Ahora, vamos a descansar. ¿Qué te parece si nos casamos mañana mismo?

—Sí, mi vida. Mañana...

Al día siguiente se casaron en una pequeña iglesia católica. Fue una fiesta íntima, sencilla, sin ostentación. Luego, se dirigieron al

aeropuerto y tomaron un avión para los Estados Unidos, donde pensaban fijar su residencia.

Y todos los proyectos se realizaron. Todos.

Tuvieron seis hijos, tres varones y tres hembras, a los que atendía Melva con ternura y cuidado, mientras Iran se dedicaba a negocios navieros.

En pocos años, la Compañía de Navegación Drano fue la más importante del mundo. Tenía más de veinte grandes buques de pasajes, otros tantos de carga y diez petroleros accionados por energía atómica.

Él incrementó considerablemente el capital que le entregó su esposa y fue un hombre dinámico, honrado y activo.

Sin embargo, en la mente de Iran Drano siempre subsistió una duda. ¿Quién era él? ¿Quién era su esposa? Y su mayor preocupación, aunque siempre procuró ocultarla a sus familiares, fue sólo una:

¿Había sido real su sueño? ¿Qué ocurrió?

Habría de pasar veintidós años para que Iran Drano supiera la verdad. Y él mismo se la planteó a su esposa una noche, después de cenar, cuando estaban solos en la casa solariega de Mame, pues sus hijos habían ido a una fiesta.

—Melva, una vez tuve un sueño. ¿No te lo he dicho nunca?

—Sí. Me hablaste de él la noche antes de casarnos, ¿es el mismo?

—El mismo, Melva. Y quiero conocer tu opinión sincera.

—Sé lo que vas a decirme. Pero habla, Iran.

Él no se sorprendió. Estaba acostumbrado a tratar con su esposa, para la cual, igual que para él, había pasado el tiempo, blanqueándoles las sienes y arrugándoles la piel, pero conservando en ellos la expresión que les caracterizó en la juventud.

—A mi despacho llegan rumores alarmantes. Nuestros consejeros en Oriente nos informan que la tensión internacional aumenta. Sugieren que retiremos la flota del Pacífico con cualquier pretexto.

—¿Crees que habrá guerra, Iran?

—Lo creo por dos motivos...

—Sí, por tu sueño y por los informes de tus consejeros— replicó Melva—. Y yo también lo creo, Iran.

—¿Conoces mi sueño?

—Pues... Sí, Iran. Lo conozco.

Él sintió que todas las fibras de su cuerpo se ponían mi tensión. ¡Había llegado, al fin, el momento de conocer la verdad! ¡Ahora, ella no se mostraría esquiva!

—¿Y crees que mi sueño fue real?

Melva se levantó de la mesa con dignidad. Fue hasta él y se apoyó tiernamente en su hombro. Le acarició el cabello y murmuró:

—Temía este momento, Iran. ¡Lo temía porque sé que tú jamás has podido evadirte del influjo de lo que tú llamas sueño! ¿No es cierto?

»Es más. Has creído siempre que yo no soy Melva Erzen, ¿no es cierto, Iran?

SI musitó:

—Sí, Melva.

—Y ahora nos encontramos con seis hijos mayores, que tienes una vida por delante, un gran porvenir... ¡Y no queremos que tu sueño sea real!

Él volvió la cabeza para mirarla.

—Ése es mi modo de pensar. Desde que he oído esos rumores inquietantes, no vivo ...¡Y no me asusta el morir! ¡Temo que todo aquello haya sido verdad!

—Pues tus temores son ciertos, Iran... ¡Yo soy R'xa! ¡Lo he sido siempre, y tú estabas convencido de que lo era! ¡Yo fui, ayudada por mis compañeras de «M'pran—1», la que ocupé el cuerpo de Melva Erzen, la que ingresó una fortuna en el Banco Alemán, la que te ama y te ha amado siempre.

—¡R'xa!

—No te sorprendas, Iran — repuso ella, sonriendo con tristeza—. Después de todo, lo hicieron así para beneficiamos más. Nosotros no podíamos ir a un mundo despoblado, en donde formaríamos una pequeña familia,

»La doctora Gada nos favoreció más de este modo. ¿No has sido feliz todos estos años, Iran?

—Sí, mi vida. — Él se había levantado, para abrazar a su esposa.

—Y ahora te diré lo que Yang vino a decirme el otro día.

—¿Yang ha estado aquí?

—Sí. No me han olvidado, ni me olvidarán nunca. Ella me ha autorizado a revelarte el secreto. En primer lugar, Melva Erzen murió en la prueba que le hizo el profesor Blank. Ahora, yace

muerta, como si fueses tú, en el sótano de su casa de Lüdcke. Está en un grueso ataúd, bajo tierra, inmersa en alcohol, formol y éter.

—¡Como yo debía estar!

—Sí. Pero ahí termina toda semejanza. La raza humana no está perdida. Los hombres no se atacarán con bombas atómicas... ¡Nosotras, las mujeres de «M'pran—1», cambiaremos el curso de la Historia del Hombre! ¡Attek no está condenada! ¡Nos salvaremos y se salvarán nuestros hijos!

—¿Cómo es posible eso? — preguntó Iran, balbuceante.

—Yo lo haré, en nombre de mis hermanas de «M'pran—1»... Y tú serás mi instrumento. Escucha bien lo que voy a decirte. Debes ir mañana a Nueva York para hablar con el Secretario General de las Naciones Unidas. Tu nombre es suficientemente prestigioso para reunir a conferencia a los Primeros Ministros de los gobiernos en tensión. ¿Me entiendes?

—Sí, amor. Empiezo a comprenderte.

—De lo demás no te preocupes, Iran. ¡Yang me facilitó medios para evitar la bomba atómica!

—El señor Iran Drano El Habid, presidente de la Compañía Naviera Drano — presentó el secretario de las Naciones Unidas.

—Por favor, no se molesten — Drano se dirigió a los seis Primeros Ministros reunidos en torno a la mesa de conferencias.

Los ministros, graves, se sentaron. Algunos dirigieron a otros miradas de odio.

Los agentes de la policía secreta cerraron la gruesa puerta. Dentro de la estancia sólo quedaron los ocho hombres.

—Gracias por haber venido — empezó a decir Iran, poniendo las manos sobre la cartera de piel negra que había colocado sobre la mesa—. Se lo agradezco a ustedes de todo corazón. Y voy a ser breve para no robarles su precioso tiempo.

»¡No habrá guerra!

—¿Quién ha dicho eso? — preguntó un ministro, empezando a levantarse.

—Yo — respondió Iran Drano, muy sereno.

—¡Nosotros no lanzaremos la primera bomba! Pero si somos agredidos...

—¡No serán agredidos! — replicó Iran, sin inmutarse.

—Explíquese, señor Drano. Como usted ha dicho, no tenemos

tiempo que perder. Sabemos su gran prestigio mundial y eso es suficiente para escucharle con atención. Pero hay cosas que usted ignora, reivindicaciones, ofensas, actitudes...

—No siga, señor ministro. Ignoro muchas cosas de la política internacional. Pero sé que no habrá guerra.

—¿Cómo lo sabe? — preguntó, con cierta ironía.

—Si hubiese guerra sería el aniquilamiento total. Y la humanidad no será aniquilada, ni por ustedes, ni por nadie.

—¡Nosotros estamos dispuestos a morir, pero no nos dejaremos avasallar por nadie! — rugió un ministre, golpeando ñeramente la mesa.

—¡Ni nosotros tampoco!—pareció vomitar otro, descompuesto.

—¡Si ustedes quieren guerra, la tendrán! — añadió un tercero.

—¡Bastaaa! — gritó Iran Drano, poniéndose en pie—. Silencio y escúchenme.

Su voz tonante hizo el milagro de acallar a los hombres de las voces recias. Todos parecían un tanto confusos de que un simple naviero, por importante que fuese, tuviera más voz que ellos.

—No les he reunido aquí para que vean a un hombre suplicante. Yo no temo a morir, pero la humanidad y su destino me ha sido confiada y no traicionaré mi causa.

»Les voy a demostrar mi poder. Cuando hayan visto de lo que soy capaz, podrán retirarse y decirle a sus gobiernos que la Tierra y sus habitantes vivirán en paz.

«Vean esto.

Iran abrió la cartera y extrajo un pequeño aparato metálico y brillante que mostro a los asombrados ministros.

—¿Qué es eso? — preguntó alguien.

—Vean sus efectos. Sólo tengo que presionar este botoncito...

En el mismo instante en que Iran Drano pulsó el botón, algo insólito ocurrió dentro de la estancia. Como dominados por una extraña y poderosa fuerza, todos los reunidos en tomo a la mesa, excepto Iran, se vieron levantados de sus asientos, ¡quedándose inmóviles a mi metro de altura, sin que nada ni nadie les sostuviera!

—¿Qué brujería es ésta? — rugió un ministro, el único que encontró palabras para lanzarlas hacia Iran.

—Esto, señores, no es brujería. Es una demostración palpable de una fuerza que me ha sido conferida. Con este objeto puedo tenerles

ahí todo el tiempo que se me antoje. Con esto, señores, puedo detener en vuelo a todos los cohetes atómicos que sus ejércitos sean capaces de enviar. Con esto, señores, puedo inmovilizar a toda la humanidad. ¿No me creen?... ¿Quieren otra prueba?

Iran Drano volvió a accionar el botón de su objeto metálico y los ministros se vieron súbitamente con la cabeza para abajo, en una postura grotesca y ridícula.

—¡Y puedo hacer que salgan, uno a uno, o todos a la vez, a través de la ventana! ¡Incluso puedo trasladarles en una fracción de segundo hasta sus despachos, en sus respectivos países!

Nadie respondió:

Todos estaban tan consternados que carecían de facultad para hablar.

—Ahora les volveré a su normal posición, señores — dijo Iran — Y arreglaremos las diferencias que hay entre ustedes.

Volvió a pulsar el botón y todos los reunidos se encontraron en sus asientos, pálidos como muertos, con los ojos inmensamente abiertos y viendo como Iran Drano se guardaba en la cartera el objeto que les había dado tan fantástica prueba de poder antigravitacional.

—¿Qué es eso? — osó preguntar, al fin, el Secretario General de las Naciones Unidas.

—Un arma que yo guardaré en lugar seguro mientras viva y que luego confiaré a mis descendientes. Les diré más, señores, para que no crean que soy un embaucador, un hipnotizador o algo así. No se trata de ninguna superchería. Esto es real y de origen extraterrestre.

«Exactamente, no sé si me ha sido confiado por un ángel, enviado de Dios, o por un ser suprainteligente. Lo que sí puedo decirles es la verdadera historia de este objeto, de mí y del aniquilamiento de la raza humana tal y como yo lo vi.

«Durante veintidós años he estado creyendo que lo que me sucedió, un día de 1970 no había sido más que un sueño, producido por la hipnosis de un extraño médico.

«Ahora he sabido que todo aquello fue real... ¡Y créanme si les digo que yo fui el único superviviente de esta raza perdida!

«Yo fui encontrado por tres exploradoras de un remoto mundo que llegaron a la Tierra diez mil años después de nuestra aniquilación total. Esas exploradoras me llevaron a su mundo, me

hicieron recobrar la vida y me explicaron lo que había sucedido.

Iran Drano continuó explicando su historia, hasta llegar al fin. Entonces se detuvo y miró a los reunidos uno por uno.

—¿Creen ustedes lo que les he contado?

—¡No!—fue la respuesta general.

—Perfectamente. Ahora, se abrirá esa puerta y verán ustedes a una enviada de «M'pran—1». Su nombre es Yang. Les ruego que no se asusten. Tengo entendido que, poco más o menos, así serán nuestros descendientes dentro de algunos billones de siglos... ¡Si es que, durante ese tiempo, no ha habido alguien como ustedes que pretenden aniquilar a la humanidad!

«Atención, ahora verán ustedes a mi testigo

Iran Drano se puso en pie y se volvió hacia la puerta.

Ésta no se abrió... ¡Pero a través de ella, como procedente del otro lado, todos pudieron ver un extraño cuerpo que empezaba a materializarse en el aire, y cuya apariencia puso una garra de frío en el corazón de todos los reunidos!

Dijo:

—Mi nombre es Yang, y vengo de un mundo lejano llamado «M'pran—1»... ¡Hola, Iran Drano; R'xa tenía razón! Sería necesaria mi presencia aquí para convencer a esos hombres de que desistan de sus bélicos propósitos y no lleguen a la guerra...

—»¡No habrá Apocalipsis, por ahora!

FIN